

LACTANCIO

INSTITUCIONES  
DIVINAS

## LIBRO II

### SOBRE EL ORIGEN DEL ERROR

*Contenido  
del libro*

Aunque ya en el primer libro he demostrado que las religiones de los dioses son falsas, porque aquellos cuyos variados y diferentes cultos han sido aceptados con absurdo convencimiento por los hombres a lo largo de toda la tierra fueron en realidad mortales y, tras haber vivido, pasaron con la muerte a la familia de los dioses, sin embargo, para que no quede duda alguna, este segundo libro declarará el propio origen de los errores y explicará todas las causas por las cuales los hombres, engañados, creyeron en un primer momento en la existencia de los dioses y perseveraron después, con inveterado convencimiento, en las supersticiones indignamente aceptadas. Y es que, una vez puesta en evidencia la vanidad y descubierta la impía mentira de los hombres, ardo en deseos de afirmar la majestad del único Dios, aceptando la más útil y más grande función de apartar a los hombres de los malos caminos y de ponerlos en paz consigo mismos, para que no se desprecien, como hacen muchas veces algunos filósofos, a sí mismos, ni se consideren

enfermos, inútiles y como nacidos para nada y absolutamente en vano, opinión que empuja a muchos hacia los vicios: al pensar, en efecto, que ningún dios se preocupa de nosotros y que tras la muerte no seremos nada, se entregan totalmente a los placeres y, puesto que piensan que les está permitido, se precipitan ansiosamente hacia las pasiones como si de devorarlas se tratara, a través de las cuales corren, imprudentes, hacia los lazos de la muerte. Y es que ignoran cuál es la razón de ser del hombre: si quisieran poseer esta razón, conocerían en primer lugar a su señor, seguirían el camino de la virtud y de la justicia, no abandonarían sus almas a las vanidades terrenales, no apetecerían los mortíferos halagos de los placeres y, finalmente, se estimarían más a ellos mismos y comprenderían que en el hombre hay más de lo que parece: el hombre, cuyo sentido y condición no puede conocerse si no se acepta el culto a su verdadero padre tras abandonar la maldad. Yo ciertamente, al meditar con frecuencia, como es conveniente, en el significado último de las cosas, suelo extrañarme de que la majestad del sumo Dios, que contiene y rige todo, haya llegado a tal extremo de olvido, que ella, que es la única que debe ser adorada, es la única que es radicalmente olvidada; y de que los propios hombres hayan caído en tal grado de ceguera que prefieren dioses muertos en lugar del único y verdadero Dios, y dioses terrenales y sepultados en lugar de aquel que es el fundador de la propia tierra. Y a pesar de todo ello, esta impiedad humana podría ser excusada, si este error tuviera su origen exclusivamente en la ignorancia del nombre de Dios. Pero, dado que sabemos que los propios adoradores de los dioses confiesan y predicán frecuentemente a un dios sumo, ¿qué perdón pueden esperar para su impiedad aquellos que no aceptan el culto a ese dios cuyo desconocimiento no

le está en absoluto permitido al hombre? Efectivamente, cuando juran, cuando manifiestan un deseo y cuando dan gracias, no nombran a Júpiter o a los muchos dioses, sino a dios: hasta tal punto brota de sus reacios corazones la propia verdad por imperativo de la naturaleza. Y esto no lo hacen ciertamente en situaciones favorables: y es que Dios es principalmente olvidado por los hombres en los momentos en que éstos, al disfrutar de sus beneficios, más debían agradecer a su divina indulgencia. Pero, si son presionados por alguna grave necesidad, entonces se acuerdan de dios: si brama el terror de la guerra, si se presenta la pestífera violencia de las enfermedades, si una larga sequía niega alimentos a la tierra, si cae una lluvia dañina o granizo, se huye hacia dios, se pide ayuda a dios, se ruega ayuda a dios. Si alguien es azotado en el mar por el duro viento, invoca a dios; si alguien es afligido por alguna violencia, implora sobre todo a dios; si alguien llevado a la extrema necesidad de mendigar pide alimentos con súplicas, sólo pone por testigo a dios y por su divino y único nombre atrae hacia él la misericordia de los hombres. Así pues, sólo se acuerdan de dios cuando se encuentran en situaciones malas: una vez que el miedo desaparece y se alejan los peligros, corren de nuevo rápidos a los templos de los dioses, a éstos hacen libaciones, a éstos hacen sacrificios, a éstos ponen coronas, mientras que al dios que imploraron en la necesidad ni siquiera le dan las gracias con unas palabras. Hasta tal punto es cierto que de la prosperidad nace la lujuria, y de la lujuria, todos los vicios, así como la impiedad para con dios <sup>1</sup>. ¿Por qué

causa vamos a pensar que sucede esto, sino porque existe algún perverso poder que se opone siempre a la verdad, que disfruta con los errores humanos, que tiene como única y constante función la de extender tinieblas y cegar las mentes de los hombres, para que no vean la luz, para que, en definitiva, no miren al cielo ni cuiden de la naturaleza de su cuerpo? Y dado que los demás animales, con sus cuerpos inclinados, miran hacia la tierra, porque no tienen inteligencia ni conocimiento, mientras que a nosotros el Dios creador nos dio una postura erguida y con el rostro hacia arriba, está claro que esas religiones de los dioses no son propias de la razón humana, porque someten a un animal que mira hacia el cielo a la veneración de cosas de la tierra. Y es que nuestro padre, ése que es único y solo, al crear al hombre, es decir, al animal inteligente y racional, le levantó de la tierra para que, erguido, contemplara a su creador. Esto fue genialmente reseñado por el hábil poeta: «Mientras que los demás animales miran inclinados hacia la tierra, al hombre le dio un rostro elevado, le ordenó mirar hacia el cielo y levantar su cara erguida hacia las estrellas»<sup>2</sup>. De ahí que los griegos le llamaran *anthropos*: porque mira hacia arriba<sup>3</sup>. Consiguientemente, aquellos que no miran hacia arriba, sino hacia abajo, renuncian a sí mismos y abdican de su condición de hombres; a no ser que piensen que esa facultad de estar erguidos le ha sido concedida al hombre casualmente. Fue Dios el que quiso que miráramos al cielo, y no en vano: las aves y casi todos los animales ven el cielo, pero sólo a

nosotros se nos ha concedido en propiedad el mirar al cielo derechos y en pie, para que busquemos en él la religión, para que contemplemos con el alma, ya que no podemos con los ojos, al Dios que tiene en él su sede: y esto ciertamente no lo hace el que venera al bronce o a la piedra, que son cosas de la tierra. Es, pues, una depravación que, mientras la postura del cuerpo, que es temporal, es recta, el alma, que es eterna, esté al nivel de la tierra; y lo es porque la figura y la postura no significan otra cosa sino que conviene que la mente humana mire al mismo sitio que el rostro, y que el alma debe estar tan erecta como el cuerpo, para imitar a éste, sobre el cual debe dominar. Sin embargo, los hombres, olvidándose de su nombre y condición, apartan sus ojos del cielo, los fijan en el suelo, y tienen miedo de obras de sus propios dedos, como si pudiera haber algo que sea más grande que su creador.

*Origen  
e inutilidad  
de las estatuas  
de los dioses*

Pues bien, ¿qué tipo de locura es la de modelar estatuas a las que después ellos mismos van a temer o la de temer estatuas que ellos mismos modelaron? «No tememos a las estatuas», dicen, «sino a aquellos a cuya imagen han sido hechas y a cuyos nombres están consagradas». Bien, los teméis porque pensáis que están en el cielo, ya que no puede ser de otra forma si es que en realidad son dioses; ¿por qué entonces no levantáis los ojos al cielo e, invocando su nombre, no celebráis sacrificios al aire libre? ¿Por qué en lugar de mirar al cielo, que es donde creéis que están ellos, miráis a las paredes, a los leños y a las piedras? ¿Para qué quieren templos, para qué altares, para qué, en fin, estatuas que son recuerdo de muertos o ausentes?

Efectivamente, no cabe duda de que los hombres inventaron la costumbre de modelar estatuas para poder man-

tener el recuerdo de aquellos que habían sido arrancados  
4 por la muerte o separados por la ausencia. Pues bien,  
¿en qué grupo ponemos a los dioses? Si en el grupo de  
los muertos, ¿quién es tan tonto que los adore?; si en el  
grupo de los ausentes, no deben ser adorados porque ni  
5 ven lo que hacemos, ni oyen lo que pedimos. Y si los  
dioses no pueden estar ausentes porque, como dioses que  
son, están en cualquier parte del mundo y lo ven y lo oyen  
todo, entonces son inútiles sus estatuas al estar ellos pre-  
sentes en todas partes, siendo suficiente invocar con plega-  
rias su nombre, ya que lo oyen.

6 «Pero», dicen, «no están presentes sino en sus imá-  
genes». Exactamente lo mismo que piensa el vulgo: que  
las almas de los muertos andan errantes alrededor de los  
7 túmulos y reliquias de sus cuerpos. Aun así, desde el  
momento en que el dios empieza a estar presente, ya no  
hay necesidad de su estatua; efectivamente, yo me pregun-  
to esto: si alguien contempla frecuentemente la imagen de  
un ausente para saciar con ella la añoranza del mismo,  
¿nos seguirá pareciendo igualmente cuerdo ése si, una vez  
vuelto y presente el que estaba ausente, sigue contemplan-  
do la imagen y prefiere disfrutar con ella antes que con  
8 la presencia de la propia persona? Ciertamente no. Es más,  
la imagen de un hombre parece necesaria cuando la perso-  
na está ausente, y será inútil cuando esté presente, mien-  
tras que la de un dios, cuya divinidad y espíritu no puede  
estar nunca ausente de ningún sitio, es ciertamente siempre  
inútil.

9 Pero ellos temen que toda su religión se convertirá en  
inane y vana si no tienen delante aquello a lo que adoran,  
y por eso hacen estatuas que, como son imágenes de muer-  
tos, son como muertos: y es que carecen de sentidos.  
10 Sin embargo, la imagen de un dios que vive eternamente

debe ser viva y con sentidos; y si esas imágenes reciben  
el nombre de «simulacro» porque tienen «similitud» con  
lo representado, ¿cómo pueden ser considerados semejan-  
tes a un dios unos simulacros que no tienen sentimientos  
ni movimiento? No es, pues, imagen de dios aquello que  
fabrican los dedos del hombre a partir de la piedra, del  
bronce o de otra materia; la imagen de dios es el propio  
hombre, que siente, se mueve y realiza muchas y grandes  
acciones. No entienden los hombres ignorantes que, si 11  
las estatuas pudieran sentir y moverse, adorarían sin duda  
ellas al hombre que las ha modelado, ya que, si no hubie-  
sen sido modeladas por el hombre, seguirían siendo piedra  
tosca y áspera o materia informe y ruda. En definitiva, 12  
pues, el que debe ser considerado algo así como el padre  
de las estatuas es el hombre, ya que gracias a sus manos  
nacieron, gracias a él empezaron a adquirir forma, figura  
y hermosura; y por eso debe ser considerado más grande 13  
aquel que las hizo que ellas, que fueron hechas. Y, a pesar  
de ello, nadie adora ni teme al artista: temen a su obra,  
como si hubiese más poder en la obra que en el obrero.  
Con razón, pues, dice Séneca en *Las Morales*: «Veneran 14  
las estatuas de los dioses, suplican a ellas de rodillas, las  
adoran, se sientan o están de pie a su lado durante todo  
el día, les entregan regalos, les sacrifican víctimas y, tras  
hacer todo esto con gran esfuerzo, desprecian a los artistas  
que las hicieron» 4. ¿Qué cosa hay más contradictoria 15  
consigo misma que el despreciar al autor de una estatua,  
adorar a la estatua y no admitir ni siquiera a la mesa al  
que es el creador de tus dioses? ¿Qué fuerza, qué poder  
pueden tener los dioses, cuando aquel que los hizo no los

tiene? Es que ni siquiera pudo darles aquellas cosas que él tenía: la vista, el oído, el habla, el movimiento. ¿Puede haber, pues, alguien tan ignorante que piense que hay algo divino en una estatua en la que no hay nada humano salvo la sombra?

Pero nadie recapacita en estas cosas; están infectados de un vano convencimiento y sus mentes han bebido hasta la saciedad el jugo de la estolidez. Los que tienen sentidos adoran, pues, a cosas insensibles; los que tienen razón, a cosas irracionales; los que viven, a cosas muertas; los que nacen del cielo, a cosas de la tierra. Parece, pues, conveniente lanzar a gritos, desde lo alto por así decir de una roca, para que todos puedan oírlo, aquel famoso verso de Persio: «¡Oh almas inclinadas hacia la tierra y huérfanas de cielo!»<sup>5</sup>. ¡Mirad más bien al cielo, a cuya contemplación os animó ese vuestro artífice, dios! Él os dio un rostro erguido; vosotros os inclináis hacia la tierra, vosotros arrastráis hasta el suelo a vuestras mentes elevadas y levantadas, juntamente con sus cuerpos, hacia su padre, como si os diera vergüenza de no haber nacido cuadrúpedos. No es justo igualar a un animal celestial con animales terrenos y que tienden a la tierra. ¿Por qué os priváis a vosotros mismos de los beneficios celestiales y os tumbáis por propia voluntad sobre la tierra? Y es que dais vueltas, desgraciados, sobre la tierra, siempre que buscáis por la tierra lo que deberíais buscar por el cielo; pues esos juguetes y frágiles figuras de los dedos humanos, formados a partir de cualquier tipo de materia, ¿qué otra cosa son sino tierra, de la cual han nacido? ¿Por qué os sometéis a cosas inferiores? ¿Por qué echáis tierra sobre vues-

tras cabezas? Y es que, cuando os sumergís en la tierra y os ponéis a ras de suelo, os sumergís a vosotros mismos en los infiernos y os condenáis a muerte, ya que nada, salvo la muerte y los infiernos, es más bajo y rastrero que la tierra; y si queréis escapar de ellos, despreciad la tierra que hay bajo vuestros pies salvando la postura de vuestro cuerpo, el cual os fue dado erguido para que pudierais elevar vuestros ojos y mente hasta aquel que os hizo; y despreciar y pisar la tierra no es otra cosa que no adorar las estatuas, ya que éstas están hechas de tierra, y que no desear las riquezas, y que despreciar los placeres del cuerpo, ya que las riquezas y el propio cuerpo que tenemos por cobijo son tierra. Adorad al que está vivo, para que viváis; y es que morirá necesariamente aquel que se entregó a sí mismo y su alma a los muertos.

Pero ¿de qué sirve arengar de esta forma al vulgo y a ignorantes, cuando vemos que incluso hombres sabios e inteligentes, a pesar de conocer la vanidad de las religiones, insisten sin embargo, en virtud de no sé qué depravación, en adorar aquellas mismas cosas que condenan? Cicerón sabía que eran falsas las cosas que adoraban los hombres; pues bien, a pesar de haber dicho muchas cosas válidas para la eliminación de las religiones, sin embargo afirma que esas cosas no deben ser discutidas por el pueblo, no sea que tal discusión haga desaparecer religiones aceptadas públicamente<sup>6</sup>. ¿Qué vas a hacer con una persona que, a pesar de que sabe que está en un error, se lanza voluntariamente contra las piedras, con tal de que caigan también todos los demás, y

*Error  
de los sabios  
en relación con  
las falsas  
religiones*

se quita a sí mismo los ojos, con tal de que todo el mundo quede también ciego? Tal persona no es beneficiosa para los demás, porque permite que caigan en el error, ni es beneficiosa para sí misma, porque se suma a los errores ajenos, ni utiliza, en fin, el don de sus conocimientos para llevar a cabo con hechos lo que concibe en la mente, sino que a conciencia y a sabiendas mete su pie en el lazo para caer él mismo en compañía de aquellos otros a los cuales, 4 como más sabio que es, debió liberar. Cicerón, si tienes algo de valor, debes más bien probar a enseñar al pueblo; es una digna labor en la que puedes poner de manifiesto todas las fuerzas de tu elocuencia; y no debes temer que te falle la elocuencia en una causa tan digna, cuando muchas veces defendiste con abundantes y seguras palabras 5 causas incluso malas; pero, sin duda, temes caer en la cárcel en que cayó Sócrates y por ello no te atreves a defender la verdad <sup>7</sup>; a pesar de ello, como sabio que eres, debiste despreciar la muerte: hubiera sido mucho más hermoso morir a causa de tus buenas palabras que hacerlo a causa de las malas <sup>8</sup>, y las *Filípicas* no te pudieron proporcionar más honra de la que te hubiera proporcionado el haber alejado el error de los hombres y el haber traído las mentes de los hombres hacia la salvación con tus argumentos.

6 Pero concedamos que no lo hiciste por timidez, aunque ésta no debe existir en un sabio. A pesar de ello, ¿por qué has caído en el mismo error que los demás? Veo que veneras cosas terrenas y hechas con las manos: sabes que son vanas y, sin embargo, haces las mismas cosas que aquellos de los que tú mismo confiesas que son tan necios.

¿De qué sirvió entonces que intuyeras la verdad, si ni <sup>7</sup> la ibas a defender ni seguir?

Y, si incluso aquellos que son conscientes de que están en un error lo están con gusto, con mucha mayor razón lo estará el vulgo ignorante, que goza con vanas pompas, contempla todas las cosas con espíritu pueril, se recrea con frivolidades, es engañado por la apariencia de las estatuas y no es capaz de juzgar en su interior cada una de las cosas, de forma que pueda entender que no se puede adorar aquello que se ve con los ojos mortales, porque necesariamente eso es mortal. Y no debe extrañarnos que no <sup>8</sup> vean a Dios, cuando ellos mismos no ven ni siquiera al hombre que creen estar viendo; efectivamente, lo que aparece a los ojos no es el hombre, sino el receptáculo del hombre: la cualidad y figura del hombre no está marcada por los contornos del continente, sino que se ve a partir de hechos y costumbres. Así pues, quienes adoran a las <sup>9</sup> estatuas, son cuerpos carentes de «hombres», ya que se entregan a cosas corporales y ven más con el cuerpo que con la mente, cuando la función del alma es precisamente ver con más agudeza aquello que no pueden ver los ojos del cuerpo. A tales hombres acusa el famoso poeta y <sup>10</sup> filósofo de rastreros y abyectos, ya que, en contra de la orientación de su naturaleza, se inclinan a la veneración de cosas terrenas; dice, en efecto: «Y arrastran sus almas por temor a los dioses y las aplastan contra la tierra» <sup>9</sup>. Este poeta, a pesar de que decía esto, estaba convencido de otra cosa: de que los dioses no deben ser adorados, porque no se preocupan de las cosas humanas. En defi- <sup>11</sup> nitiva, en otro lugar confiesa que la religión y el culto a

los dioses son trabajo vano: «No es piedad el ser visto frecuentemente, cubierto por un velo, inclinarse ante una piedra, ni acercarse a todos los altares, ni postrarse en el suelo, ni levantar las manos abiertas ante los templos de los dioses, ni manchar los altares con abundante sangre de cuadrúpedos, ni acumular votos sobre votos»<sup>10</sup>. Si esto es realmente vano, no es conveniente que nuestras almas, sublimes y excelsas, sean desviadas y aplastadas sobre la tierra, sino que conviene que no piensen en otra cosa que en el cielo.

12 Así pues, los sabios han rechazado las falsas religiones porque eran conscientes de que eran falsas, pero no enseñaron la religión verdadera, porque no sabían cuál era ni  
13 dónde estaba. Como consecuencia, se comportaron como si no existiera ninguna religión, ya que no pudieron encontrar la verdadera, y cayeron así en un error mucho mayor  
14 que el de aquellos que defendían una religión falsa: efectivamente, estos adoradores de vanidades, aunque son unos ignorantes, por cuanto ponen lo que es celestial en cosas corruptibles y terrenas, conservan sin embargo cierta sabiduría y pueden merecer perdón, ya que conservan la función más grande del hombre, si bien no en la realidad, sí al menos en la intención: y es que la única y más grande diferencia entre hombres y animales está en la religión.  
15 Aquellos otros, sin embargo, cuanto más sabios fueron al conocer el error de la falsa religión, tanto más tontos llegaron a ser, por cuanto pensaron que no existía una verdadera: y es que, como es más fácil juzgar a los demás  
16 que a uno mismo, ven el precipicio de los otros, pero no el que se abre ante sus pies.

En ambos grupos, pues, hallamos estolidez y un cierto tufillo a sabiduría, de forma que se puede dudar de a cuál de los dos grupos llamar más tonto: si a aquellos que aceptan una religión falsa o a aquellos que no aceptan ninguna. De todas formas, como dije ya, se puede perdonar a los ignorantes y a los que no se consideran a sí mismos como sabios; pero no se puede perdonar a los que, profesando sabiduría, exhiben más bien estolidez. No soy tan injusto como para pensar que éstos debieron ser adivinos hasta el punto de encontrar por sí mismos la verdad —cosa que yo mismo confieso que es imposible—, pero sí les exijo lo que pudieron conseguir con la razón. Habrían actuado más inteligentemente si hubieran comprendido que existe alguna religión verdadera y si, tras rechazar las falsas, hubieran anunciado claramente que esa verdadera no puede ser poseída por los hombres. Pero quizás les movió la idea de que, si hubiera existido una religión verdadera, ésta se habría manifestado, habría reclamado su existencia y no habría permitido que existiera otra ninguna; y es que no podían ver por qué, por quién y cómo se podía manifestar la verdadera religión, lo cual pertenece al misterio divino y al secreto del cielo: esto, si no se enseña, nadie puede saberlo.

Éste es el punto esencial de mi argumentación: los estólidos e ignorantes tienen por verdaderas las falsas religiones porque no conocen la verdadera ni entienden las falsas; los sabios, sin embargo, desconociendo la verdadera, o bien se mantienen en aquellas que saben que son falsas, para dar la impresión de que se aferran a algo, o bien no cultivan ninguna, para no caer en el error: y éste es el mayor de los errores, ya que viven como animales con apariencia de hombres. Comprender lo que es falso es propio de la sabiduría, pero de una sabiduría hu-



pues, los hombres adoran y adornan a los dioses con oro, marfil y piedras preciosas, como si realmente los dioses pudieran sentir algún placer con estas cosas. ¿Qué utilidad tienen los regalos bonitos para quienes no sienten? ¿La misma que para los muertos? Pues sí, ya que con la misma finalidad con que entierran los cadáveres tras haberlos untado y cubierto con perfumes y vestidos preciosos, con esa misma honran a los dioses, los cuales ni se daban cuenta cuando eran hechos, ni se enteran cuando son adorados, porque la adoración no les da vida. No le gustaba a Persio que se llevaran a los templos vasos de oro, pensando que en religión es inútil todo lo que sea instrumento de avaricia y no de santidad; lo único que satisface al dios que adoras es ofrecerle como regalo «un comportamiento social y religioso de acuerdo con nuestra conciencia, pureza de intención y un corazón forjado en una ética generosa»<sup>15</sup>. ¡Extraordinaria y sabia sentencia! Pero, junto a esto, añade esta otra ridiculez: «que el oro en los templos tiene el mismo valor que las muñecas donadas por las doncellas a Venus»<sup>16</sup>. Quizás Persio despreciaba a las muñecas por su insignificancia; no veía que las propias estatuas y efigies de los dioses, hechas de oro y marfil por las manos de Policeto, Eufronor y Fidias<sup>17</sup>, no son otra cosa que muñecas grandes ofrendadas, no por doncellas, cuyas graciosas acciones pueden merecer perdón, sino por hombres maduros. Con razón, pues, se ríe Séneca de la estolidez de los ancianos: «No somos», dice, «dos veces niños, como dice el vulgo, sino que lo somos siempre; la

única diferencia está en que nosotros jugamos con cosas más serias»<sup>18</sup>. Efectivamente, ofrecen ungüentos, incienso y perfumes a esas muñecas cómicas, adornadas y grandes; en su honor inmolan ricas y pingües víctimas, a pesar de que esas muñecas tienen boca, pero carecen de dientes; a ellas ofrecen peplos y vestidos valiosos, cuando ellas no usan nunca velo; a ellas ofrendan oro y plata, cosas de las que carecen tanto quienes las reciben como quienes las regalan. Y también con razón Dionisio, tirano de Siracusa, una vez que se apoderó con su victoria de Grecia, despreció, despojó y se burló de tales dioses, por cuanto él seguía cometiendo sus sacrilegios en medio de burlas y chanzas: efectivamente, al arrancar a Júpiter de Olimpia su pequeño vestido de oro, mandó que se le pusiera uno de lana, diciendo que el de oro era pesado en verano y frío en invierno, mientras que el de lana valía para ambas estaciones. Él mismo, al quitar la barba de oro a Esculapio, dijo que no era congruente ni justo que, mientras su padre Apolo estaba todavía imberbe y liso, el hijo apareciera con barba antes que el padre. Igualmente, arrancaba las copas, prendas y pequeños anillos, mantenidos en las manos extendidas de las estatuas, diciendo que los aceptaba, no que los quitaba; que era muy de tontos y desagradecidos no aceptar de aquellos dioses, a los cuales los hombres pedían bienes para ellos, unos regalos que ofrecían voluntariamente. Y esto lo hizo impunemente porque era rey y vencedor; es más, él siempre tuvo consigo la felicidad que es habitual entre los hombres: vivió, en efecto, hasta la vejez y entregó con sus manos el reino a su hijo. Hubiera sido conveniente que, ya que los hombres no podían vengar los sacri-

legios de éste, hubieran sido los propios dioses sus ven-  
21 gadores. Si un hombre de baja condición comete tales  
sacrilegios, inmediatamente caen sobre él los azotes, el fue-  
go, el potro <sup>19</sup>, la cruz, y cualquier otra cosa que está per-  
22 mitido tramar a airados y furiosos. Ahora bien, cuando  
castigan a los que sorprenden en sacrilegio, están demos-  
trando ellos mismos que desconfían del poder de sus dio-  
ses. Efectivamente, ¿por qué no dejan a los propios dio-  
ses, si es que piensan que tienen algún poder, la facultad  
23 de tomarse venganza ellos mismos? Es más, están conven-  
cidos de que, si apresan a los ladrones de objetos sagra-  
dos, están cumpliendo la voluntad de los dioses, y se ensa-  
ñan no tanto por enfado como por miedo a que, si no  
castigan la injuria hecha a los dioses, queden los castigos  
para ellos: increíble idiotez la de éstos, que piensan que  
por culpa de crímenes ajenos les van a castigar a ellos unos  
dioses que no pudieron castigar por sí mismos a aquellos  
que los violaron y robaron.

24 «Pero los dioses se vengaron también muchas veces de  
los sacrílegos.» Pero esto puede suceder por casualidad y  
algunas veces, no siempre. De todas formas, un poco más  
25 adelante mostraré cómo sucede esto. Entre tanto, me  
pregunto por qué no vengaron esos tantos y tan grandes  
sacrilegios de Dionisio, el cual se burló de los dioses,  
no a escondidas, sino públicamente; ¿por qué no echaron  
a este tan poderoso sacrílego de sus templos, ceremonias  
e imágenes?; ¿por qué, tras haber robado objetos sagra-  
dos, se marchó incluso felizmente en sus naves? De ello  
da él mismo testimonio con una de sus acostumbres  
26 gracias: «¿No veis», dijo a sus compañeros temerosos

ante un naufragio, «cuán próspera navegación conceden  
a los sacrílegos los propios dioses inmortales?» <sup>20</sup>.

De todas formas, Dionisio quizás sabía por Platón que  
los dioses no existían <sup>21</sup>. Pero ¿qué decir de Gayo Verres, <sup>27</sup>  
a quien su acusador Tulio compara con Dionisio, con Fá-  
laris y con todos los tiranos? <sup>22</sup>. ¿Acaso no amontonó to-  
das las riquezas de Sicilia robando las estatuas de los dio-  
ses y los adornos de los templos? Es ocioso recordar uno  
por uno sus robos; pero sí me parece bien recordar uno <sup>28</sup>  
solo, cometido en la estatua de Ceres de Catina o de Hen-  
na, sobre el cual se lamenta su acusador con todas las fuer-  
zas de su elocuencia y con todo el esfuerzo de su voz y  
de su cuerpo: de estas imágenes de Ceres, la primera era  
tan religiosamente respetada que no estaba permitido a los  
hombres acceder a sus estancias secretas <sup>23</sup>; y la segunda  
era de tal antigüedad que todas las historias hablan de que  
fue la propia diosa la primera que encontró alimentos en  
suelo de Henna y de que su hija fue raptada cuando era  
doncella de ese lugar <sup>24</sup>. Es más, en época de los Gracos, <sup>29</sup>  
cuando el estado estaba turbado por sediciones y presa-  
gios, al descubrirse en los libros sibilinos que se debía apla-  
car a la Ceres más antigua, se enviaron legados a Henna <sup>25</sup>.  
Pues bien, estas dos Ceres, tanto la religiosamente res- <sup>30</sup>  
petada, a la que los hombres no podían ver ni siquiera  
para adorarla, como la antiquísima, a la que el senado  
y el pueblo romano aplacaron con sacrificios y dones, fue-

ron impunemente arrancadas por Gayo Verres de sus secretas y viejas estancias, en las que introdujo a sus secuaces ladrones. El propio Cicerón, cuando dice que los sicilianos le pidieron que se hiciera cargo de la defensa de su provincia, dice esto: «los sicilianos ya no tienen en sus ciudades dioses en los que cobijarse, ya que sus sagradas estatuas habían sido robadas de sus religiosísimos templos por Gayo Verres»<sup>26</sup>. ¡Como si, al sacarlas Verres de las ciudades y templos, las hubiese también sacado del cielo!

De todo ello se desprende que estos dioses no tienen dentro de sí nada más que la materia de que están hechos. Y con razón, Marco Tulio, los sicilianos recurrieron a ti, es decir, a un hombre, ya que durante tres años habían comprobado que los dioses no tienen ningún poder. Hubiesen sido, en efecto, idiotas si, para defenderse contra las injurias de los hombres, hubiesen recurrido a esos dioses que no pudieron, en defensa suya, ni siquiera enfadarse con Gayo Verres.

«Sin embargo, Verres fue condenado por estos crímenes». Luego no fueron los dioses los que se vengaron, sino el esfuerzo de Cicerón, con el cual o bien aplastó a los defensores de Verres o bien se opuso a que se le perdonara. Y ¿qué decir del hecho de que el propio Verres no cumplió la condena, sino que fue liberado, de forma que, de la misma manera que los dioses inmortales concedieron una feliz travesía a Dionisio cuando llevaba los despojos de los dioses, así también parecen haber concedido a Verres una feliz tranquilidad, en la que pudiera gozar plácidamente de sus sacrilegios? Efectivamente, durante el fragor de las guerras civiles, apartado, bajo el pretexto de que estaba condenado, de todas las situaciones peligrosas y te-

rrribles, se enteraba tranquilamente de los graves desastres y desgraciados finales de los demás, y él, que aparentemente tenía que ser el único que debería morir mientras que los demás sobrevivían, fue el único que quedó mientras los demás cayeron; y ello, hasta que la purga de los triunviros —la misma purga que eliminó a Tulio, el vengador de la majestad violada de los dioses— se lo llevó, cuando ya estaba harto de las riquezas sacrilegamente conseguidas y de la vida, y cuando ya estaba debilitado por la vejez. Es más, tuvo la feliz satisfacción de enterarse, antes de su muerte, del cruel final de su acusador: y es que los dioses se preocuparon de que aquel sacrilego ladrón de sus objetos religiosos no muriera sin haber conseguido el alivio de la venganza.

*Dios  
tampoco está  
en la naturaleza  
ni en el mundo*

¡Cuánto más justo es, pues, dejar a un lado lo insensible y lo vano y dirigir nuestros ojos a donde está la sede, a donde está el habitáculo del Dios verdadero, el que colocó la tierra con estable firmeza,

el que distinguió al cielo con brillantes astros, el que, como argumento de que su majestad es única, dio luz al sol, astro rutilante y singular en medio de las vicisitudes humanas, el que puso mares alrededor de las tierras, el que ordenó que los ríos fluyeran en eterno deslizar, el que «mandó que los campos se allanaran, que los valles aparecieran en terrenos bajos, que las selvas se cubrieran de follaje y que los montes se levantaran escabrosos»!<sup>27</sup>. Y todo esto no lo hizo ciertamente Júpiter, que nació hace dos mil setecientos años, sino «el artífice de las cosas, el punto de partida de un mundo mejor»<sup>28</sup>, que es llamado Dios,

cuyo principio, puesto que no puede ser entendido, no puede  
3 tampoco ser investigado. Al hombre, para una plena y  
perfecta sabiduría, le basta con comprender que Dios existe;  
y el sentido y meollo de esta comprensión consiste en aceptar  
y honrar al padre común del género humano y al autor de las  
maravillas del mundo.

4 Precisamente porque son maravillas, algunos hombres,  
de corazón romo y obtuso, las adoran como dioses, cuando  
son cosas que han sido hechas y que carecen de sensibilidad;  
5 esos hombres, al admirar las obras de Dios, es decir, el  
cielo con sus variadas estrellas, la tierra con sus campos y  
montes, el mar con los ríos, lagunas y fuentes, estupefactos  
por la maravilla de estas cosas y olvidándose del propio autor,  
al que no podían ver, empezaron a adorar y a venerar las obras  
de éste y nunca pudieron comprender cuánto más grande y más  
6 admirable es aquel que hizo todo eso de la nada. Y, aunque ven  
que todas esas cosas, que obedecen a leyes divinas, están al  
servicio, en eterna necesidad, de la comodidad y utilidad del  
hombre, sin embargo piensan que las mismas son dioses,  
convirtiéndose en unos desagradecidos para con los beneficios  
divinos, ya que, para ellos, antes que el Dios y padre indulgentísimo  
están sus obras.

7 Y ¿qué de extraño tiene que caigan en este error hombres  
bárbaros e ignorantes, cuando incluso los filósofos estoicos  
son de esta misma opinión, de forma que piensan que debe ser  
tenido como Dios todo ser celeste que tenga movimiento? Efectivamente,  
8 el estoico Lucilio habla de esta forma en una obra de Cicerón:  
«Pues bien, yo no puedo entender esa regularidad de los astros,  
esa tan extraordinaria congruencia de los tiempos a lo largo de  
toda la eternidad a través de tan variados decursos, si no tienen  
mente, inteligencia y poder de decisión. Y, como vemos

que las estrellas lo tienen, no podemos sino incluir a éstas  
en el grupo de los dioses»<sup>29</sup>. Igualmente, un poco antes  
9 dice: «Queda por decir que el movimiento de los astros es  
conscientemente voluntario; quien sepa esto, actuará no sólo  
como un ignorante, sino incluso como un impío, si niega que  
son dioses»<sup>30</sup>.

Yo, por mi parte, lo niego, y con firmeza, y demuestro  
10 que vosotros, filósofos, sois no sólo ignorantes e impíos,  
sino incluso ciegos, ineptos y delirantes, ya que superáis  
en vanidad la ignorancia de los inexpertos. Éstos, en efecto,  
consideran como dioses al sol y a la luna; vosotros, incluso  
a las estrellas. Enseñadnos, pues, los misterios de  
11 las estrellas, para que levantemos altares y templos a cada  
una de ellas, para que sepamos con qué rito, en qué día  
debemos adorarlas, con qué nombre, con qué preces debemos  
invocarlas; a no ser que por casualidad, al ser dioses tan  
innumerables y tan pequeños, tengamos que adorarlos en  
montón, sin ninguna diferencia.

Pero ¿qué decir del hecho de que el propio argumento  
12 en que se apoyan para deducir que todos los seres celestes  
son dioses vale también para demostrar lo contrario? Efectivamente,  
si piensan que son dioses por el hecho de tener movimientos  
seguros y racionales, están en un error; y es que, precisamente  
por ello, está claro que no son dioses: porque no pueden salirse  
de los caminos que ya tienen marcados de antemano. Es más,  
si fueran dioses, se moverían  
13 sin ningún tipo de ley obligatoria, de aquí para allá, por  
todas partes, como hacen los seres vivos en la tierra, los  
cuales, al poder hacer lo que quieren, vagan por aquí y

por allá, según les place, y, a donde les lleva su mente,  
14 allí van. No es, pues, el movimiento de los astros conscientemente voluntario, sino necesario, ya que son esclavos de leyes y normas preestablecidas.

15 Sin embargo, Lucilio, en su discusión sobre los movimientos de los astros, de los cuales pensaba, por la propia congruencia de los hechos y de los tiempos, que no eran fortuitos, consideró que eran movimientos conscientemente voluntarios, dando a entender que no podrían moverse tan dispuesta y ordenadamente si no tuvieran autoconciencia de su propia función. ¡Oh! ¡Cuán difícil es la  
16 verdad para los que la desconocen y cuán fácil para los que la conocen! «Si el movimiento de los astros», dice, «no es fortuito, no queda sino que sea voluntario». En absoluto: por la misma razón que está claro que no son  
17 fortuitos, lo está también que no son voluntarios. «¿Por qué entonces mantienen esa regularidad en la realización de su carrera?»; sin duda porque Dios, el artífice del universo, los dispuso y los fabricó de forma que, a través de los espacios celestiales, corrieran, bajo un orden divino y admirable, para producir la variedad de los tiempos que se suceden alternativamente.

18 El siciliano Arquímedes fue capaz de construir con mucha verosimilitud el universo en una esfera de bronce, en la cual puso al sol y a la luna de forma tal que, como si se tratara de cada uno de los días del año, realizaran movimientos diferentes y semejantes a los cambios reales producidos en el cielo, y de forma tal también, que aquella esfera, al dar la vuelta, determinaba no sólo la salida y puesta del sol y el crecimiento y disminución de la luna, sino también los diferentes movimientos de las estrellas fijas y de los planetas; ¿acaso Dios no pudo imaginar y convertir en realidad aquello que el ingenio humano pudo re-

producir imitando? ¿Acaso el Estoico <sup>31</sup>, al ver en aquel bronce la imagen y diseño de las figuras de los astros, diría que se mueven por propio impulso y no a causa del ingenio del autor?

Hay, pues, en las estrellas un principio racional que preside la realización de sus movimientos, pero ese principio racional procede de Dios, el cual hizo y rige todas las cosas, y no de las propias estrellas que se mueven. Efectivamente, si Dios hubiera querido que el sol estuviera quieto, el día sería eterno; de igual forma, si los astros no hubiesen tenido movimiento, ¿quién duda de que la noche habría sido eterna? Pero, con el fin de que los días y las  
20 noches alternaran, Dios quiso que los astros se movieran, y que se movieran con tal variedad, que se produjeran no sólo las alternancias del día y de la noche, de las cuales dependen las alternancias del trabajo y del descanso, sino también las del frío y del calor, para que la fuerza y potencialidad de cada una de las estaciones sirviera ya para engendrar, ya para madurar los frutos. Pero los filósofos, <sup>22</sup> como no vieron el talento del poderío divino en la regulación del curso de los astros, pensaron que éstos eran seres vivientes que se movían algo así como por sus pies y por propio impulso y no en virtud de la mente divina.

Y ¿quién no entiende por qué ideó Dios los astros? <sup>23</sup> Evidentemente para que, al faltar la luz del sol, una noche excesivamente oscura, con negras y gélidas tinieblas, no cayera pesadamente sobre los seres vivos y los dañara. Por ello pintó un cielo maravillosamente variado y moderó las tinieblas con muchas y pequeñas luminarias. ¡Cuánto más <sup>24</sup> inteligentemente, pues, habló Nasón que aquellos otros que

se creen entregados a la sabiduría, cuando comprendió que esas estrellas habían sido puestas por Dios para alejar el horror de las tinieblas!; él terminó con estos tres versos el libro en el que expone sucintamente los *Fenómenos*: «Dios puso en el cielo señales en tan gran número y con tal apariencia; y esparciéndolas entre las negras tinieblas, ordenó que iluminaran la gélida noche»<sup>32</sup>.

- 25 Y, si es imposible que las estrellas sean dioses, tampoco lo pueden ser el sol y la luna, ya que éstos se diferencian de las luces de los astros, no en naturaleza, sino en magnitud. Y, si el sol y la luna no son dioses, tampoco lo es el cielo, en el que están contenidos todos ellos.
- 26 De igual modo, si la tierra que pisamos, removemos y cultivamos para nuestro alimento no es dios, tampoco son dioses los campos ni los montes; y, si éstos no son dioses, tampoco el globo terrestre, en su conjunto, puede parecer un dios. Igualmente, si el agua que sirve a los seres vivos para beber o para lavarse no es un dios, tampoco lo serán las fuentes de las que mana el agua; y, si no lo son las fuentes, tampoco los ríos que se forman a partir de las fuentes; y si los ríos tampoco son dioses, tampoco el mar, que se alimenta de los arroyos, puede ser tenido como dios.
- 28 Y, si ni el cielo, ni la tierra, ni el mar, que son partes del mundo, pueden ser dioses, tampoco puede ser dios el mundo en su totalidad, del cual pretenden demostrar los estoicos que es animado e inteligente y, como consecuencia, dios: pero en esta demostración fueron tan versátiles, que no dijeron nada que no fuera rechazado por ellos mismos.
- 29 Argumentan, en efecto, de la siguiente forma: no puede suceder que carezca de sensibilidad lo que engendra

a partir de sí mismo seres sensibles; es así que el mundo engendra al hombre, el cual está dotado de sensibilidad; luego el mundo es sensible. Otro argumento: no puede 30 carecer de sensibilidad aquello cuyas partes tengan sensibilidad; luego, como el hombre es sensible, también el mundo, del cual el hombre es parte, tiene sensibilidad. Las 31 premisas mayores son ciertamente verdaderas: es sensible lo que engendra algo que está dotado de sensibilidad, y tiene sensibilidad aquello parte del cual tiene sensibilidad; pero las premisas menores en las que se apoya la conclusión del silogismo son falsas, ya que ni el mundo engendra al hombre, ni el hombre es parte del mundo. Efectivamente, al hombre lo hizo desde el principio el mismo Dios que hizo el mundo, y el hombre no es parte del mundo como un miembro lo es del cuerpo: puede, en efecto, existir el 32 mundo sin hombres, como pueden existir ciudades y casas sin hombres. Es más, de la misma forma que la casa es la morada del hombre y la ciudad lo es de un pueblo, así el mundo es el domicilio de todo el género humano: y una cosa es lo habitado y otra distinta el habitante. Pero los 33 estoicos, en su afán de demostrar la falsedad que habían admitido, es decir, que el hombre es sensible y es dios, no vieron las consecuencias de sus argumentos. Efectiva- 34 mente, si el hombre es parte del mundo y el mundo es sensible porque lo es el hombre, también el mundo será necesariamente mortal, porque el hombre lo es, y no sólo mortal, sino sujeto incluso a todas las enfermedades y sufrimientos. Y al contrario: si el mundo es dios y sus 35 partes son evidentemente inmortales, también el hombre es dios, puesto que es, según decís, parte del mundo. Y si el hombre es dios, también lo son los animales de tiro, los ganados y demás especies de animales salvajes, aves y peces, puesto que éstos tienen igualmente sensibilidad y

36 son parte del mundo. Y todavía esto puede tolerarse, ya que los egipcios adoran a los animales. Pero es que el asunto llega hasta el extremo de que las ranas, los mosquitos y las hormigas parecen ser dioses, ya que también ellos tienen sensibilidad y son parte del mundo.

De esta forma, los silogismos que parten de premisas falsas terminan siempre en conclusiones idiotas y absurdas.

37 Y ¿qué decir del hecho de que esos mismos afirman que el mundo fue construido como común morada para dioses y hombres? La conclusión es que el mundo ni es dios, ni es ser vivo, si es que ha sido construido: efectivamente, los seres vivos no son construidos, sino que nacen; y, si fue edificado, es como una casa o una nave.

Existe, pues, un creador del mundo, Dios; y una cosa es el mundo que ha sido hecho y otra el que lo hizo.

38 Y ¡cuán contradictorio y absurdo es ya que, tras afirmar que las estrellas del cielo y demás elementos del mundo son dioses, digan ellos mismos que el propio mundo es dios! ¿Cómo puede resultar un solo dios a partir de un montón de dioses? Si los astros son dioses, el mundo no es dios, sino el domicilio de los dioses; por contra, si el mundo es dios, todos los seres que están en él no son dioses, sino miembros de dios, los cuales individualmente 40 no pueden recibir el nombre de dios. Y es que nadie puede decir con razón que los miembros de un solo hombre equivalen a muchos hombres. De todas formas, la comparación entre un ser vivo y el mundo no es válida; efectivamente, dado que el ser vivo está dotado de sensibilidad, también sus miembros tienen sensibilidad y sólo cuando 41 se separan del cuerpo se convierten en insensibles. Pues bien, ¿con qué cosa se puede comparar el mundo? Sorprendentemente nos lo enseñan esos mismos filósofos cuando afirman que fue construido para ser algo así como la

morada común de los dioses y de los hombres. Así pues, si fue construido como una casa, no puede ser dios ni él mismo ni sus elementos, que son partes de él, ya que ni la casa ni los elementos de que consta pueden tener dominio sobre sí mismos.

42 Son, pues, derrotados no sólo por la verdad, sino también por sus propias palabras. Y es que, de la misma forma que una casa hecha para ser habitada no siente nada por sí misma y está sometida al señor que la hizo o la habita, así también el mundo, que por sí mismo no es sensible, está sometido a Dios, su autor, que lo hizo para uso suyo.

6 Por dos razones pecan, pues, esos ignorantes: en primer lugar, porque prefieren los elementos, es decir, las obras de Dios en lugar de al propio Dios; en segundo lugar, porque adoran a las imágenes de los propios elementos, representados bajo apariencia humana. Efectivamente, cons- 2 truyen estatuas del sol y de la luna con forma humana; y de la misma forma,

estatuas del fuego, de la tierra, del mar, a las que llaman Vulcano, Vesta y Neptuno; y no ofrecen sacrificios directamente a los propios elementos. Hasta tal punto domina en los hombres el placer de las imágenes, que consideran más insignificantes las cosas reales que representan; y es que han puesto todo su gozo en el oro, las piedras preciosas y el marfil; su hermosura y resplandor fascinan sus 3 ojos y creen que no hay religión donde no resplandecen estos metales; de esta forma, con el pretexto de adorar a los dioses, adoran en realidad a la avaricia y a la codicia. Y es que creen que los dioses aman todo aquello que ellos ansían, todo aquello por lo cual se cometen diaria-

*Adoran además  
al mundo  
y a sus elementos  
a través  
de imágenes:  
del nulo valor  
de las estatuas  
ya se ha hablado  
más arriba*

mente hurtos, homicidios y robos, y por lo cual las guerras asolan pueblos y ciudades a lo largo de todo el orbe.  
4 Consagran, pues, a los dioses el producto de sus saqueos y rapiñas, dioses que necesariamente son débiles y están privados del sumo poder, puesto que están sometidos a la codicia.

5 ¿Por qué entonces vamos a considerar a éstos como celestiales, cuando desean cosas terrenales, o bienaventurados, cuando tienen necesidad de cosas, o incorruptos, cuando para ellos son motivo de placer aquellos bienes por cuya apetencia es condenada con razón la codicia de los  
6 hombres? Los paganos se acercan, pues, a los dioses no por espíritu religioso, el cual no puede existir en cosas indignamente conseguidas y corruptibles, sino para llenar sus ojos con el oro, para contemplar el resplandor del mármol pulido y del marfil, para palpar en insaciable contemplación las ropas adornadas con perlas y colores o los cálices hermoeados con brillantes piedras preciosas. Y cuanto más adornados están los templos y más hermosas las estatuas, tanta más majestad piensan que tienen: hasta tal punto su religión se basa sólo en aquello que admira la codicia humana.

7 Éstas son las religiones que, transmitidas a ellos por sus antepasados, persisten en apoyar y defender pertinazmente, sin mirar cómo son, sino confiando en que son verdaderas y aceptables, precisamente porque fueron transmitidas por los antiguos; y es tal la autoridad de lo antiguo, que consideran como un crimen investigar sobre ello; por eso se cree en ello, sin criterio, como si se tratase de  
8 una verdad conocida. En fin, en una obra de Cicerón, Cota habla así a Lucilio: «Sabes, Balbo, cuál es la opinión de Cota, cuál es la del pontífice; haz ahora que sepa yo cuál es la tuya; y es que de ti, como filósofo que eres,

debo recibir una explicación racional de la religión, mientras que en nuestros antepasados debo creer, aunque no den razón alguna»<sup>33</sup>. Si crees, ¿por qué pides una explicación racional que puede conseguir que no creas? Y si consideras que hay que buscar una explicación racional es que no crees: y es que una explicación se busca para, una vez encontrada, aceptarla.

He aquí, pues, que la razón te demuestra que las reli-  
10 giones de los dioses no son verdaderas. ¿Qué harás? ¿Seguirás a tus antepasados o a la explicación racional, la cual no te ha sido dada a conocer por otro, sino que ha sido encontrada y descubierta por ti mismo, al destruir de raíz todas las creencias religiosas? Si prefieres la explicación  
11 racional, debes necesariamente alejarte de las enseñanzas y autoridad de tus antepasados, por cuanto sólo es recto lo inspirado por la razón; pero, si el afecto por los antepasados te induce a seguirlos, debes confesar que ellos fueron tontos, porque fueron esclavos de religiones inventadas en contra de la razón y que tú eres un idiota, porque adoras algo de lo que estás convencido que es falso.

A pesar de todo, puesto que se nos presenta con tanto  
12 interés el nombre de nuestros antepasados, veamos por fin quiénes fueron esos antepasados, de cuya autoridad no nos debemos separar, si no queremos ser considerados como impíos.

Rómulo, cuando iba a fundar la ciudad, reunió a los  
13 pastores entre los cuales había crecido y, como el número de éstos le pareció poco idóneo para fundar una ciudad, creó un asilo; en este asilo se refugiaron desde todos los lugares cercanos todos los criminales sin ninguna diferencia de condición<sup>34</sup>. Así, de toda esta gente hizo un  
14

pueblo y eligió para el senado a los mayores en edad, llamándolos «padres»: con su consejo iba a gobernar todo el estado. De ese senado, Propercio, autor de elegías, dice esto: «El cuerno convocaba a los Quirites a la discusión; muchas veces, cien hombres reunidos en un prado constituían el senado. La curia, que ahora brilla a gran altura gracias a los senadores vestidos con la toga pretexta, acogió a padres vestidos de pieles, a hombres rudos»<sup>35</sup>.  
15 Éstos son los padres, a cuyas deliberaciones se someten con absoluta fidelidad hombres eruditos y sabios; y toda la posteridad juzga verdadero e inmutable aquello que cien ancianos cubiertos de piel decidieron establecer. Sin embargo, como ya se ha dicho en el libro primero, fue Pom-  
16 pitio quien indujo a éstos a creer que los ritos que él transmitía eran verdaderos. De todas formas, lo cierto es que sus descendientes tienen en gran aprecio la autoridad de aquéllos, de los cuales, mientras vivieron, nadie, ni grande ni pequeño, se consideró digno de ser su pariente.

7 Por lo cual conviene que cada uno confíe en sí mismo, sobre todo en lo que se refiere a aquello en lo que se centra la razón de ser de la vida, y que se apoye en su propio juicio y en sus propias opiniones a la hora de investigar y de sopesar la verdad, en lugar de ser engañado al creer en los errores de los demás,  
2 como si él mismo estuviese falto de razón. Dios dio a todos proporcionalmente una inteligencia para que puedan investigar lo que no han oído y analizar críticamente lo que han oído. Y no porque aquéllos nos aventajaran en el tiempo nos van a aventajar también en inteligencia, la cual, si es dada a todos por igual, no puede ser acaparada

*Valor de  
los prodigios  
atribuidos  
a los dioses  
paganos*

por los que nos precedieron. Es inagotable como la luz y la claridad del sol, ya que, de la misma forma que el sol es la luz de los ojos, así la inteligencia es la luz del alma humana. Por ello, dado que el investigar, es decir, el buscar la verdad, es algo innato en todas las personas, castran su propia inteligencia aquellos que sin ninguna crítica aceptan los descubrimientos de los antepasados y se dejan llevar por otros a modo de rebaño. Pero su fallo es éste: que, aduciendo sin más la aureola de «antiguos», piensan que no puede suceder o bien que ellos sean más sesudos por ser llamados modernos, o bien que aquéllos sean insensatos por ser considerados antiguos. ¿Qué impedimento hay entonces para que sigamos el ejemplo de aquéllos, de manera que, así como ellos transmitieron a la posteridad las falsedades que inventaron, nosotros, que hemos inventado la verdad, transmitamos a nuestros descendientes enseñanzas mejores?

Queda una cuestión importante, cuya discusión arranca, no de nuestra inteligencia innata, sino de los conocimientos adquiridos. Y esta cuestión debe ser explicada a todo el mundo, para que no quede en absoluto ninguna duda. Efectivamente, quizás alguien se aferre a hechos que han sido transmitidos por muchos autores de credibilidad incuestionable: que éstos, de los cuales hemos demostrado que no son dioses, dieron muchas veces muestras de su autoridad en prodigios, sueños, augurios y oráculos. Y, ciertamente, pueden ser enumerados muchos hechos dignos de ser considerados como milagros.

En primer lugar, éste: Ato Navio, augur máximo, aconsejaba a Tarquiniq Prisco que no comenzara a hacer nada sin haber hecho antes los augurios; el rey, afirmando su confianza en la técnica de los augurios, le dijo que, tras consultar el vuelo de las aves, le comunicara si él podía

hacer lo que había pensado; y, tras decirle Navio que podía hacerlo, dijo el rey: «Coge entonces esta roca y córtala con la navaja». Y el augur, sin dilación, la cogió y la cortó <sup>36</sup>.

- 9 En segundo lugar, este otro: Cástor y Pólux fueron vistos durante la guerra latina lavando el sudor de sus caballos en el lago de Juturna, mientras las puertas de su templo, que estaba junto a la fuente, se abrían ellas solas.
- 10 Se dice igualmente que estos mismos, montados sobre caballos blancos durante la guerra macedónica, salieron al encuentro de Publio Vatio, que se dirigía de noche a Roma, anunciándole que ese mismo día el rey Perses había sido derrotado y hecho prisionero; una carta de Paulo demostró pocos días después que eso era cierto <sup>37</sup>.
- 11 También es un hecho maravilloso éste: se cuenta que la estatua de Fortuna Muliebre habló más de una vez <sup>38</sup>; e igualmente, que la de Juno Moneta, cuando tras la toma de Veyes uno de los soldados enviado para trasladarla le preguntó burlesca e irónicamente si quería emigrar a Roma, ella respondió que sí quería <sup>39</sup>.
- 12 También el caso de Claudia es propuesto como ejemplo de hecho maravilloso: cuentan en efecto que, cuando tras una consulta a los libros sibilinos era traída la diosa madre

del Ida y la nave en la que era transportada encalló en el río Tíber sin que pudiera ser liberada por ninguna fuerza, Claudia, que siempre había sido considerada como una impúdica por el excesivo cuidado que daba a su cuerpo, rogó a la diosa de rodillas que, si la consideraba a ella casta, se dejara llevar por su cinturón; de esta forma la nave, que no había podido ser movida por todos los jóvenes juntos, fue movida por una sola mujer <sup>40</sup>.

Igualmente es un hecho milagroso éste: que durante <sup>13</sup> una cruel peste Esculapio, traído de Epidauró, libró, según se dice, a Roma del largo mal <sup>41</sup>.

También se pueden enumerar hechos sacrílegos vengados, según se cree, por los dioses con castigos inmediatos. El censor Apio Claudio quedó ciego tras haber dejado los <sup>15</sup> vasos sagrados de Hércules en manos de siervos públicos <sup>42</sup> y la traidora familia de los Poticios fue extinguida en el espacio de un año <sup>43</sup>. Igualmente, el censor Fulvio, tras <sup>16</sup> haber robado unas tejas de mármol del templo de Juno Lacinia para cubrir con ellas el templo de Fortuna Ecuestre que había construido en Roma, se volvió loco, y, tras perder a sus dos hijos, que habían estado de campaña en el Ilírico, murió en medio de una gran desesperación <sup>44</sup>. Igualmente, Turulio, prefecto de Marco Antonio, tras haber <sup>17</sup>

construido una armada en Cos con madera arrancada del bosque de Esculapio, murió después en ese mismo lugar a manos de los soldados de César<sup>45</sup>. A estos ejemplos se suma el de Pirro, quien, tras robar dinero del tesoro de Prosérpina de Locros, naufragó y chocó contra el litoral cercano al templo de la diosa, para que nada quedara incólume, a excepción del dinero<sup>46</sup>. También Ceres de Milo se hizo respetar mucho entre los hombres, ya que, cuando la ciudad fue tomada por Alejandro y los soldados se lanzaron al saqueo, cegó de repente los ojos de todos desparpamando una potente luz<sup>47</sup>.

Hay también sueños que parecen demostrar la fuerza de los dioses. En efecto, se dice que Júpiter se apareció en sueños al plebeyo Tiberio Atinio y le ordenó que anunciara a los cónsules y al senado que en los recientemente celebrados juegos circenses le había desagradado el danzador principal, un tal Autronio Máximo, ya que había azotado y ahorcado en medio del circo a un esclavo, y que por ello convenía iniciar de nuevo los juegos; al no cumplir estas órdenes Atinio, aquel mismo día perdió a su hijo y él mismo enfermó gravemente; y como de nuevo se le volviera a aparecer la misma imagen preguntándole si era ya suficiente el castigo recibido por haber incumplido la orden, se hizo llevar en una silla de mano ante los cónsules y, tras exponer todos los hechos en el senado, recuperó la fortaleza de su cuerpo y volvió a casa por sus pies<sup>48</sup>.

No menos digno de admiración es aquel sueño mediante el cual se dice que César Augusto conservó la vida<sup>49</sup>.

Efectivamente, cuando en la guerra civil contra Bruto decidió no entablar combate a causa de una grave enfermedad que le afectó, su médico Artorio vio la imagen de Minerva que le aconsejaba que César no debía quedarse en el campamento a causa de la enfermedad; por eso, fue llevado al campo de batalla en una silla de mano; y ese mismo día Bruto tomó el campamento.

Pueden aducirse otros muchos ejemplos semejantes, pero temo que, si me detengo mucho en la exposición de los hechos de mis rivales, puedo dar la impresión de haber olvidado el propósito inicial o puedo caer en el defecto de la locuacidad.

*Explicación  
de los prodigios  
anteriores;  
para explicarlos  
recurre a  
toda la teología  
de la creación:  
Dios creó  
el mundo  
de la nada*

Expondré, pues, la explicación racional de todas estas cosas, para que puedan entenderse más fácilmente estos hechos difíciles y oscuros; y clarificaré todos estos engaños de las falsas divinidades, a causa de los cuales los hombres se alejaron mucho del camino de la verdad.

Pero empezaré desde muy atrás para que, si me lee alguien que desconozca e ignore la verdad, aprenda y comprenda cuál es el origen y la causa de todos estos males y, tras recibir la luz, descubra sus errores y los de todo el género humano.

Dios, que era providentísimo en el pensamiento y habilísimo en la acción, antes de empezar la obra de este mundo, y puesto que en él estaba, como lo está siempre, la fuente del bien pleno y total, creó, para que saliera de él el bien y corriera en abundancia, como si de un río se tratase, un espíritu semejante a sí mismo que estuviese dotado de las virtudes de Dios padre. Las razones por las que quiso hacer esto las intentaré exponer en el libro

4 cuarto <sup>50</sup>. Después creó otro espíritu que no conservó la  
índole de su ascendencia divina. Pues bien, este último fue  
atacado por su propia envidia como si de un veneno se  
tratara, pasó de bueno a malo y por su propio arbitrio,  
arbitrio que Dios le había dado libre, se puso a sí mismo  
5 el nombre contrario. De ahí queda claro que la fuente de  
todos los males es la envidia. Envidió éste en efecto a su  
predecesor, el cual, manteniéndose fiel, era no sólo acepta-  
6 do, sino querido por Dios padre. A este espíritu, convertido  
por sí mismo de bueno en malo, los griegos llaman «dia-  
bolo», y nosotros «criminator», porque atribuye a Dios  
7 los crímenes que él mismo comete. Pues bien, cuando  
Dios comenzó la obra de este mundo, puso al frente de  
toda ella a aquel su primer y mayor hijo, y recurrió a él  
como consejero y artífice en la programación, ordenación  
y realización de las cosas; y lo hizo porque ese espíritu  
estaba hecho de prudencia, inteligencia y potestad. Pero  
de este espíritu voy a hablar ahora poco, ya que en otro  
lugar deberé explicar sus virtudes, nombre y sentido <sup>51</sup>.

8 Que nadie pregunte a partir de qué materia hizo Dios  
estas obras tan admirables y tan grandes; todo lo hizo de  
la nada. Y no deben ser escuchados los poetas que dicen  
que en principio existía el caos, esto es, una confusión de  
cosas y elementos, y que después Dios separó toda aquella  
masa y, aislando cada una de las cosas del confuso mon-  
tón y poniéndolas en orden, hizo y ordenó al mismo tiem-  
9 po el mundo <sup>52</sup>. A éstos es fácil responderles diciéndoles  
que no entienden el poderío de Dios, porque creen que  
no puede hacer nada si no es a partir de una materia sub-

yacente y preparada. En este error cayeron incluso los  
filósofos. Cicerón, en efecto, al hablar de la naturaleza <sup>10</sup>  
de los dioses, dice esto: «Pues bien, en primer lugar no  
es probable que esta materia de las cosas, de la cual ha  
salido todo, fuera creada por la providencia divina, sino  
que tiene y ha tenido su propia fuerza y naturaleza. De <sup>11</sup>  
la misma forma que el artesano, cuando va a hacer algo,  
no crea él mismo la materia, sino que utiliza la que ya  
existe, y de la misma forma que el escultor utiliza la cera,  
así esta providencia debió tener a su disposición una mate-  
ria, la cual no había sido hecha por ella, sino que la en-  
contraría ya dispuesta. Y si la materia no ha sido hecha  
por Dios, tampoco la tierra, ni el agua, ni el aire, ni el  
fuego» <sup>53</sup>. ¡Oh! ¡Cuántos errores hay en estas diez líneas! <sup>12</sup>  
En primer lugar, porque éste, que en otras discusiones y  
en casi todos sus libros es defensor de la providencia y  
que con durísimos argumentos ha atacado a los que niegan  
la existencia de esa providencia, ahora, ese mismo, cual  
un traidor o desertor, intenta atacar a la providencia.  
A este respecto, si alguien quiere refutarle, no necesita <sup>13</sup>  
esforzarse pensando; se pueden recitar sus propias palabras;  
y es que por nadie mejor que por el propio Cicerón puede  
ser refutado Cicerón. Pero hagamos una concesión a la <sup>14</sup>  
costumbre e institución de los académicos: que los hom-  
bres libres pueden decir y sentir lo que quieran. Consideremos  
las propias palabras de Cicerón: «no es probable»,  
dice, «que la materia de las cosas haya sido hecha por  
Dios». ¿Con qué argumentos demuestras esto? No has <sup>15</sup>  
dado, en efecto, ninguna razón por la cual no sea esto  
probable. Y es que a mí, contrariamente, me parece incluso <sup>16</sup>

enormemente probable, y mi parecer no es un parecer alegre, ya que pienso que Dios, al que tú reduces ciertamente al nivel de la debilidad humana y no le concedes nada más que la capacidad del artesano, tiene un poder mayor.

17 ¿En qué se diferencia entonces el poder divino del poder del hombre, si Dios, como el hombre, necesita ayuda ajena? Y es que la necesita si no puede crear nada salvo que le sea suministrada la materia por otro. Y, si esto es así, su poder es también imperfecto y debe ser considerado

18 más poderoso el creador de la materia. Y ¿con qué nombre llamaríamos a ese que supera en poder a Dios? Efectivamente, es más grande hacer cosas originales que ordenar

19 las cosas hechas por otro. Ahora bien, como no es posible que haya nada más poderoso que Dios, el cual debe necesariamente tener una virtud, poder y razón perfectas, hay que concluir que el creador de la materia es el mismo que el autor de las cosas hechas de la materia; y, sin que Dios lo hiciera o quisiera, no pudo ni debió existir nada.

20 «Lo probable es», dice, «que la materia de las cosas tenga y haya tenido su propia fuerza y naturaleza». ¿Qué fuerza pudo tener si nadie se la dio, y qué naturaleza, si nadie la engendró? Si tuvo fuerza, la tomó de alguien. Y

21 ¿de quién pudo tomarla sino de Dios? Si tuvo naturaleza, es que nació, ya que se llama naturaleza precisamente a partir del verbo «nacer»; y ¿por quién, sino por Dios, pudo ser creada? Y es que la naturaleza, de la cual decís que ha nacido todo, si no tiene juicio, no puede crear nada;

22 pero, si puede engendrar y crear, tiene juicio; y por ello, es necesariamente dios: no puede llamarse de otra forma esa fuerza en la cual hay providencia a la hora de pensar y habilidad y poder a la hora de crear.

23 Mucho mejor pensó Séneca, el más agudo de todos los estoicos, quien vio que la naturaleza no es otra cosa que

dios; «así pues», dice, «¿no vamos a alabar a Dios, cuyo poder proviene de la naturaleza? Y es que no adquiere ese poder de nadie. Ciertamente le alabaremos. Y es que, aunque ese poder le venga de la naturaleza, se lo dio él a sí mismo, puesto que Dios es la naturaleza»<sup>54</sup>. Así pues, <sup>24</sup> cuando atribuyes a la naturaleza el origen de las cosas y se lo quitas a Dios, «te sumerges en el propio fango y remedias un mal con otro peor, Geta»<sup>55</sup>. Y es que afirmas, cambiando los nombres, que una cosa es creada por el mismo ser por el cual tú dices que no es creada.

Sigue una comparación absurda: «De la misma forma <sup>25</sup> que el artesano, cuando va a hacer algo, no crea él mismo la materia, sino que utiliza la que ya existe, y de la misma forma que el escultor utiliza la cera, así esta providencia debió de tener a su disposición una materia, la cual no había sido hecha por ella, sino que la encontraría ya dispuesta». Todo lo contrario: no debió tenerla, ya que Dios estaría <sup>26</sup> dotado de un poder inferior si creara a partir de materia ya existente; esto es propio del hombre. El artesano no hará nada si no tiene madera, ya que él no puede hacer la madera; y «el no poder» es propio de la debilidad humana. Dios, sin embargo, hizo para sí mismo la materia, <sup>27</sup> porque puede hacerla; y es que «el poder» es propio de Dios, ya que, si no puede, no es Dios. El hombre crea <sup>28</sup> a partir de lo que ya existe, ya que por ser mortal es débil y por ser débil tiene un poder limitado y módico; Dios, sin embargo, crea a partir de lo que no existe, ya que por ser eterno es fuerte y por ser fuerte tiene un poder inmenso, el cual, como la propia vida del creador, no tiene límite ni medida. ¿Qué de extraño tiene entonces que Dios, <sup>29</sup>

para hacer el mundo, preparara primero la materia de la que lo haría y la preparara de la nada? Y es que es absurdo que Dios reciba algo de otra parte, cuando todas las cosas proceden de él mismo y están en él mismo; porque, si existe algo antes de él, si hay algo que no fuera hecho por él, ya pierde el poder y el nombre de Dios. Pero, dirá alguien, la materia nunca fue hecha, como tampoco Dios, el cual hizo este mundo de la materia; así, habría dos seres eternos y contrarios entre sí, lo cual no puede ocurrir sin que haya discordia y desastre, ya que necesariamente colisionarían aquellos dos seres, cuya fuerza y sentido son contrarios. Por ello, si repugnan el uno al otro, no pueden ser ambos eternos, ya que necesariamente uno derrotaría al otro. En consecuencia, es absolutamente necesario que la naturaleza de lo eterno sea una, para que de ella, como de una fuente, emanen todas las cosas. Así pues, o Dios nació de la materia o la materia de Dios.

Es fácil entender cuál de estas dos disyuntivas es la verdadera. De estos dos seres uno es sensible, mientras que el otro carece de sensibilidad; la facultad de crear algo no puede estar sino en aquello que siente, sabe, piensa y se mueve; y nada puede iniciarse, realizarse y acabarse, si no se ha programado con lógica cómo debe hacerse, antes de hacerlo, y cómo debe mantenerse, después de hacerlo. Finalmente, crea algo aquel que tiene voluntad para hacerlo y manos para realizar lo que ordena su voluntad. Por el contrario, lo que es insensible yace siempre inerte y torpe; y nada puede surgir de donde no hay movimiento voluntario; efectivamente, si todo animal tiene juicio, un animal no puede nacer de algo que no esté dotado de juicio, ni puede recibir de otro aquello que no está en su punto de origen. A nadie le extrañe, sin embargo, el hecho de que algunos animales parezcan nacer de la tierra: no es

la tierra por sí misma la que los engendra, sino el espíritu de Dios, sin el cual nada es engendrado.

En conclusión, no es Dios el que procede de la materia, ya que lo dotado de sensibilidad nunca puede proceder de lo insensible, ni lo racional de lo irracional, ni lo impasible de lo sujeto a sufrimiento, ni lo incorpóreo de lo corpóreo, sino que es más bien la materia la que procede de Dios. Y es que lo que tiene un cuerpo sólido y material, recibe energía externa; lo que recibe energía externa es soluble; lo que se disuelve morirá; lo que muere, tuvo necesariamente principio; lo que tiene principio, tiene necesariamente un origen, es decir, un creador sensible, providente y hábil artesano. Y éste no es ciertamente otro que Dios; el cual, puesto que está dotado de sentido, inteligencia, providencia, poder y virtud, puede crear y hacer seres animados, ya que sabe cómo debe hacerse cada cosa. La materia, sin embargo, no pudo existir desde siempre, porque, si hubiera existido desde siempre, no habría tenido cambios; efectivamente, lo que existe desde siempre, siempre está existiendo, y, donde no hubo principio, no debe haber fin. Más aún, es más fácil que carezca de final algo que tuvo principio que el que tenga final lo que no tuvo principio. En consecuencia, si la materia no fue hecha, tampoco de ella puede hacerse nada; si de ella no puede hacerse nada, tampoco existe, ya que materia es aquello de lo cual se hace algo. Ahora bien, todo aquello de lo cual se hace algo, al conocer la mano del artista, es destruido y empieza a ser otra cosa; luego, como la materia tiene final el momento en que de ella se hizo el mundo, hay que concluir que también tuvo principio, ya que lo que es destruido, antes fue edificado; lo que es desatado, antes fue atado; lo que termina, antes tuvo comienzo.

Consiguientemente, si de la mutación y final de la materia se deduce que tuvo principio, ¿por quién pudo ser 44 creada sino por Dios? Así pues, sólo Dios es el que no fue hecho y, por ello, el que puede destruir lo demás, sin que él mismo pueda ser destruido; permanecerá siempre en el estado en que está, ya que no ha sido engendrado a partir de nada, ni su origen y nacimiento deriva de ninguna otra cosa que, al cambiar de nuevo, le haga desaparecer. Está hecho de sí mismo, como dijimos en el libro primero <sup>56</sup>, y, por ello, es como él quiso ser: impassible, inmutable, incorrupto, bienaventurado y eterno.

45 Finalmente, la conclusión con la que Cicerón terminó su argumentación es mucho más absurda: «y si la materia», dice, «no ha sido hecha por Dios, tampoco lo han 46 sido la tierra, ni el agua, ni el aire, ni el fuego». ¡Cuán astutamente pasó por alto el peligro! Y es que aceptó de antemano una premisa, como si no necesitara de demostración, cuando esa premisa es mucho menos cierta que la conclusión en función de la cual la aceptó. «Si la materia no fue hecha por Dios», dice, «tampoco el mundo fue 47 hecho por Dios». Prefirió llegar a una conclusión falsa a partir de una premisa falsa en lugar de llegar a una conclusión verdadera a partir de una premisa verdadera; y, mientras que lo que se debe hacer es demostrar lo no seguro a partir de premisas seguras, él ha hecho un razonamiento partiendo de algo no seguro para negar algo que 48 sí era seguro. Y es que la creencia de que el mundo fue hecho por la divina providencia —y no voy a hablar aquí de Trismegisto, que lo predica, ni de los libros sibilinos, que lo anuncian, ni de los profetas, que dan testimonio, con un solo espíritu y una sola voz, de la obra del mundo

y de la intervención de Dios— es una creencia aceptada incluso entre casi todos los filósofos. La aceptan, en efecto, los pitagóricos, los estoicos y los peripatéticos, que son las escuelas filosóficas más importantes. Finalmente, esa 49 creencia fue tenida como aceptada e incuestionable desde aquellos famosos siete sabios hasta Sócrates y Platón; hasta que muchos siglos después apareció uno solo, el loco de Epicuro, quien se atrevió a negar esto que es evidente en su afán sin duda de descubrir algo nuevo para instaurar con su nombre una nueva escuela. Y, como no pudo 50 encontrár nada nuevo, quiso sin embargo dar la impresión de que no estaba de acuerdo con los anteriores, decidiendo negar la doctrina antigua: en este sentido, todos los filósofos, acosándole, le atacaron. Es, pues, mucho más seguro el hecho de que el mundo fuera hecho por la providencia que el hecho de que la materia ya existente fuera modelada por ella.

Por ello, la argumentación no debió ser ésta: el mundo 51 no ha sido hecho por la providencia divina, porque la materia del mismo no ha sido hecha por la providencia divina; sino esta otra: como el mundo ha sido hecho por la divina providencia, también la materia ha sido hecha por Dios. Es, en efecto, más digno de crédito el hecho de que 52 la materia haya sido hecha por Dios, puesto que Dios lo puede todo, que el hecho de que el mundo no haya sido hecho por Dios, puesto que nada puede hacerse sin que haya una mente, una inteligencia y una voluntad.

De todas formas, la argumentación de Cicerón no 53 debe ser cargada en su deber, sino en el de su secta. Efectivamente, al iniciar una discusión en la que intentaba eliminar a los dioses, de cuya existencia medio hablaban los filósofos, pensó, en su ignorancia de la verdad, que había que negar toda divinidad; de esta forma, pudo negar a

54 los dioses, porque efectivamente no existían; pero, al intentar negar la providencia divina que está en el único Dios y al empezar en ese momento a ir en contra de la verdad, le faltaron los argumentos y cayó necesariamente en un hoyo del que no podía salir.

55 Aquí lo tengo sujeto, aquí lo tengo fijo; y lo tengo yo, porque Lucilio <sup>57</sup>, que era el que argumentaba en contra, enmudeció. Éste es el meollo del asunto; aquí convergen todos los demás temas. Que salga Cota <sup>58</sup>, si es que puede, de esta vorágine; que diga los argumentos con los que pueda demostrar que la materia existió siempre, materia no hecha por ninguna providencia; que demuestre cómo es posible que algo que es pesado y grave pueda existir sin creador o pueda cambiar y dejar de ser lo que siempre

56 fue para empezar a ser lo que nunca fue. Si me demuestra esto, entonces por fin admitiré que el mundo no ha sido hecho por la divina providencia; y, sin embargo, lo admitiré, para cogerle a él con otros lazos. Y es que le haré llegar a donde no quiere: a que diga que la materia, de la que está hecho el mundo, y el mundo, que está hecho de la materia, existen por la naturaleza, mientras que yo

58 en lo que insisto es en que esa naturaleza es Dios; e insisto en ello porque no puede hacer cosas maravillosas, es decir, cosas que tienen una perfecta racionalidad, sino

59 aquel que tiene mente, providencia y poder. De esta forma sucederá que es Dios el que ha hecho todas las cosas y que no puede haber nada que no tenga su origen en Dios.

60 Por otro lado, el propio Cicerón, puesto que es epicúreo y no acepta que el mundo haya sido hecho por Dios,

suele preguntar con qué manos, con qué máquinas, con qué palancas, con qué técnica ha hecho ese Dios esta tan gran obra <sup>59</sup>. Quizás lo hubieses visto, si hubieras estado presente en el momento en que lo hizo; pero Dios, para que el hombre no pudiera ver su obra, no quiso traerle al mundo sino una vez hechas todas las demás cosas. La verdad es que no podía ser traído a este mundo antes: efectivamente, ¿cómo iba a subsistir mientras era construido el cielo en lo alto, era asentada la tierra en la parte baja, y el agua o bien caía congelada por el excesivo frío o bien se endurecía, cocida y solidificada, por el enorme calor?; o ¿cómo iba a vivir cuando todavía no existía el sol ni habían nacido los frutos ni los animales? Era necesario, pues, que el hombre fuera creado en último lugar, cuando ya Dios había puesto su gran mano sobre el mundo y las demás cosas. Finalmente, las Sagradas Escrituras nos enseñan que el hombre fue la última obra de Dios y que fue colocado en este mundo como en una casa ya dispuesta y preparada; y es que todas las demás cosas se hicieron en función de él. Esto lo confiesan incluso los poetas. Ovidio, una vez que ha sido ya hecho el mundo y que ha descrito a todos los animales, añade esto: «Les faltaba un animal más digno, de una capacidad mental mayor y que pudiera dominar sobre los demás. Nació el hombre» <sup>60</sup>.

Por todo ello, debe ser considerado como impío investigar lo que Dios quiso que estuviese oculto.

De todas formas, Cicerón no lo preguntaba por afán de oír o de aprender —porque sabía que nadie podía contestarle—, sino por afán de ir en contra; como si de ello, es decir, al no poderse ver cómo ha sido concreta-

mente hecho, hubiera que pensar que este mundo no ha  
66 sido obra divina. ¿Acaso tú, suponiendo que hubieses  
sido criado en una casa hecha y decorada por un arte-  
sano, pero que no hubieses visto nunca el taller de un  
artesano, pensarías que esa casa no ha sido edificada por  
el hombre, ya que no sabes cómo ha sido hecha? Te  
preguntarías sin duda acerca de esa casa lo mismo que aho-  
ra te preguntas acerca del mundo: con qué manos, con  
qué herramientas pudo hacer el hombre tan gran obra; y  
te lo preguntarías sobre todo si ves paredes enormes, in-  
mensas obras de mampostería, anchas columnas y una cons-  
trucción alta y elevada. ¿No te parecería —puesto que des-  
conoces que eso ha sido hecho no tanto con la fuerza co-  
mo con la inteligencia y la técnica— que eso excede la me-  
dida de las fuerzas humanas?

67 Pues bien, si el hombre, en el cual nada es perfecto,  
hace sin embargo con su inteligencia más de lo que sopor-  
tan sus exiguas fuerzas, ¿por qué te parece increíble que  
se diga que el mundo ha sido hecho por Dios, en el cual  
—puesto que es perfecto— ni la sabiduría puede tener tér-  
68 mino ni la fuerza medida? Sus obras son vistas por los  
ojos, pero la forma como las hizo no puede ser vista ni  
siquiera por la mente, ya que, como dice Hermes, lo mor-  
tal no puede acercarse, es decir, ponerse cerca y entender,  
a lo inmortal, ni lo temporal a lo eterno, ni lo corruptible  
a lo incorrupto <sup>61</sup>. Y el animal terrenal no entiende las co-  
sas del cielo, porque está encerrado en su cuerpo como  
en una cárcel que le impide ver con sentido suelto y libre  
todo lo demás.

Sepa, pues, cuán absurdamente actúa quien pregunta <sup>69</sup>  
sobre cosas que no se pueden contar: preguntar esto es  
pasarse del límite de su propia condición y no entender  
hasta dónde le está permitido al hombre llegar.

Finalmente, cuando Dios quiso descubrir al hombre la <sup>70</sup>  
verdad, quiso que nosotros supiéramos sólo aquello que  
interesa al hombre para conseguir la vida; pero no dijo,  
como secretos que eran, aquellas cosas que responden al  
profano afán de curiosidad. ¿Por qué preguntas entonces <sup>71</sup>  
lo que no puedes saber o lo que, si lo supieras, no te haría  
más feliz? La sabiduría perfecta del hombre es ésta: saber  
que Dios es uno y que todas las cosas han sido hechas  
por él.

*Creación de  
las distintas  
partes del mundo.  
Discusión  
sobre el fuego  
y el agua*

Ahora, puesto que ya hemos refutado <sup>9</sup>  
los argumentos de aquellos que en rela-  
ción con el mundo y con Dios, su autor,  
piensan de forma distinta a como enseña  
la verdad, volvamos a la creación del  
mundo por parte de Dios, de la cual se  
nos habla en el tesoro literario de nuestra santa religión.

Dios hizo el primer día el cielo y lo colocó en lo alto, <sup>2</sup>  
para que fuese la sede del propio Dios, su autor. Después  
creó la tierra y la puso bajo el cielo, para que el hombre  
y todas las demás especies animales la habitaran: decidió  
que ésta estuviera rodeada y contenida por agua. Distin- <sup>3</sup>  
guió y llenó su sede de brillantes luminarias: la adornó,  
en efecto, con el sol, con el fulgente círculo de la luna  
y con los resplandecientes signos de los brillantes astros.  
En la tierra, por contra, puso las tinieblas, que son el ele-  
mento contrario a aquéllas: nada, en efecto, tiene luz si  
no la recibe del cielo: en él puso luz perenne, las sedes  
celestiales y la vida eterna, mientras que en la tierra puso  
tinieblas, las sedes infernales y la muerte; estas últimas <sup>4</sup>

distan de las primeras lo mismo que el mal del bien y que el vicio de la virtud.

5 También la tierra estableció dos partes contrarias y diferentes entre sí: el oriente y el occidente; el oriente se alinea con Dios, por cuanto es la fuente de la luz y el iluminador de las cosas y porque nos hace levantarnos hacia la vida eterna; el occidente, sin embargo, se asemeja a aquel famoso espíritu turbado y depravado, porque tapa la luz, produce siempre tinieblas y hace que los hombres caigan  
6 y mueran en sus pecados. Efectivamente, de la misma forma que la luz viene de oriente y que en la luz está el sentido de la vida, así también las tinieblas vienen de occidente y en las tinieblas está la muerte y el final.  
7 Después, dividió cada una de estas partes en otras dos: el mediodía y el septentrión, cada uno de los cuales está  
8 asociado a una de las otras dos partes. Efectivamente, la parte más ardiente por el calor del sol está próxima y cercana al oriente, y la parte aterida por los fríos y nieve perpetua es de la misma zona que el extremo occidente. Y es que, de la misma forma que las tinieblas son contra-  
9 rias a la luz, así también el frío lo es al calor; consiguientemente, de la misma forma que el calor está cerca de la luz, así también el mediodía lo está de oriente; y de la misma forma que el frío lo está de las tinieblas, así la zona septentrional lo está de occidente. A cada una de estas partes adjudicó una estación: la primavera a oriente; el verano al mediodía; el otoño es de occidente, y el invierno del  
10 septentrión. También en estas dos partes, la meridional y la septentrional, está contenido el símbolo de la vida y de la muerte, ya que la vida está en el calor y la muerte en el frío. Y de la misma forma que el calor procede del  
11 fuego, así el frío lo hace del agua. Siguiendo la proporción de estas dos partes, hizo también Dios el día y la

noche, para que estos espacios de tiempo, sucediéndose alternativamente, produjeran esos ciclos temporales, eternos y volubles, que llamamos años. El día, que nos es proporcionado por el lejano oriente, es necesariamente, como todas las cosas buenas, de Dios; la noche, sin embargo, que es enviada por el extremo occidente, es propia de aquel que dijimos que es rival de Dios. Y Dios, conocedor del futuro también en esto, hizo el día y la noche para que a partir de ellos se nos ofreciera una especie de imagen de la verdadera religión y de las falsas supersticiones. Y es que, de la misma forma que el sol, que nace para producir el día, lo ilumina todo, puesto que es una luz verdadera y de acabada plenitud, con un calor potentísimo y con un fulgor brillantísimo, y lo hace a pesar de ser uno solo —de ahí que Cicerón pretenda demostrar que parece ser llamado «sol» porque aparece él solo una vez oscurecidas las demás estrellas <sup>62</sup>—, así también en Dios, aunque es también uno solo, están totalmente contenidas la majestad, la virtud y la claridad. La noche, sin embargo, de  
12 la que decimos que es atribuida a ese depravado antidiós, enseña, por asimilación con él, sus muchas y variadas supersticiones. Y es que, aunque parezcan brillar y lanzar  
13 rayos las innumerables estrellas, sin embargo, al no ser astros llenos y enteros, no proporcionan ningún calor ni superan con su multitud a las tinieblas.

Así pues, nos encontramos con dos elementos fundamen-  
14 mentales que tienen un poder diferente y contrario entre sí: el calor y el agua, los cuales fueron maravillosamente ideados por Dios para sostener y engendrar todas las cosas. Efectivamente, si bien es verdad que el poder de Dios está  
15

en el calor y el fuego, si su ardor y violencia no fueran moderados por el agua y el frío que con ellos se mezclan, nada podría nacer ni ser consistente, sino que cualquier cosa que empezara a existir inmediatamente perecería por conflagración. De ahí que algunos filósofos y poetas dijeran, aunque sin ver profundamente la razón, que el mundo estaba hecho de «discordia concordia»<sup>63</sup>. Heráclito dice que todo nace del fuego, y Tales que del agua; ambos vieron algo, pero ambos se equivocaron, porque, si hubiese existido sólo uno de estos dos elementos, ni el agua hubiese podido nacer del fuego ni, viceversa, el fuego del agua; la verdad es que las cosas son engendradas a partir de la mezcla simultánea de ambos. Es cierto que el fuego no se puede mezclar con el agua, porque son contrarios entre sí, y, si se juntaran, cualquiera de los dos que venciera agotaría necesariamente al otro; pero sus sustancias sí pueden mezclarse: la sustancia del fuego es el calor y la del agua es la humedad. De ahí que con razón diga Ovidio: «Cuando la humedad y el calor se mezclan en justa proporción, engendran; y de ellos dos nacen las cosas. Y cuando el fuego lucha con el agua, el vapor húmedo que se desprende crea todas las cosas, y esta discordia concordia es beneficiosa para los fetos»<sup>64</sup>. Uno de éstos es, pues, algo así como el elemento masculino, y el otro el femenino; uno el activo y otro el pasivo. De ahí que los antiguos instituyeran que las alianzas nupciales fueran sancionadas con el rito del fuego y del agua: porque los fetos de los seres vivos toman cuerpo y alma para la vida a partir del calor y de la humedad. En todo animal, pues, al constar de alma y de cuerpo, la materia del cuerpo reside en la

humedad y la del alma en el calor. Ello nos es dado a conocer a partir de los huevos de las aves: si el vivificante calor no abriga a éstos, llenos de espesa humedad, ni esta humedad puede tomar cuerpo ni el cuerpo puede tomar vida. Igualmente, a los desterrados se les solía privar de fuego y agua, cuando todavía era considerada como cosa indigna el condenar a muerte a alguien que era ciertamente un malvado, pero hombre a fin de cuentas; de esta forma, prohibiéndoles el uso de aquellas cosas de las cuales consta la vida del hombre, sucedía que el que recibía esta sentencia era considerado igual que si hubiese sido condenado a muerte. Hasta tal punto son tenidos estos dos elementos como los primeros, que se piensa que ni el nacimiento del hombre ni su vida pueden existir sin ellos.

De estos elementos, uno lo compartimos con los demás animales; el otro sólo al hombre ha sido concedido. Efectivamente, nosotros, puesto que somos un animal celeste e inmortal, utilizamos el fuego, el cual nos es dado como prueba de nuestra inmortalidad, ya que el fuego es del cielo; su naturaleza, al ser móvil y tender hacia arriba, contiene el sentido de la vida. Los demás animales, sin embargo, puesto que son totalmente mortales, utilizan sólo el agua, ya que ella es el elemento corporal y terreno; su naturaleza, al ser móvil y tender hacia abajo, muestra el símbolo de la muerte. Por ello, los animales ni miran al cielo ni sienten la religión, ya que el uso del fuego les es ajeno.

Ahora bien, ¿de qué forma encendió y licuó Dios estos dos elementos principales, el fuego y el agua? Sólo puede saberlo quien lo hizo.

*Creación  
del hombre*

Terminada, pues, la creación del mundo, ordenó que nacieran animales de distinta especie, de diferentes formas, grandes y pequeños. Y en cada una de las especies hizo dos tipos distintos, concretamente dos sexos, cuyas crías llenaron el aire, la tierra y los mares; y Dios a todos éstos les dio alimentos de la tierra, a cada uno según su especie, para que pudieran servir de utilidad al hombre: unos como alimento, otros como vestido; y algunos tienen una enorme fuerza para ayudar al hombre en el cultivo de la tierra: de ahí que se llamen jumentos<sup>65</sup>.

2 Dispuestas así todas las cosas con admirable orden,  
3 decidió disponer para sí un reino eterno y crear innumera-  
4 bles almas, a las que dotó de inmortalidad; hizo entonces  
5 una imagen de sí mismo, con alma e inteligencia, es decir,  
6 siguiendo la forma de su propio ser, más perfecto que el  
7 cual no puede haber nada: modeló al hombre del barro  
8 de la tierra; de ahí que fuera llamado «hombre», ya que  
9 está hecho del «humus»<sup>66</sup>. Incluso Platón dice que la  
10 forma humana es «imagen de Dios»; y también la Sibila  
11 que dice: «El hombre es imagen de la palabra perfecta»<sup>67</sup>.

12 También los poetas, aunque erróneamente, y sin embargo  
13 con las mismas ideas, hablan acerca de esta modelación  
14 del hombre: dijeron, en efecto, que el hombre había  
15 sido hecho de barro por Prometeo. No erraron en el pro-  
16 cedimiento, pero sí en el nombre del artífice. Y es que  
17 no habían tenido acceso a los libros de la verdad, ya que

éstos, transmitidos en los vaticinios de los profetas, se mantenían en el santuario de Dios; recogieron en sus poemas estas ideas de fábulas y de oscuras creencias y las recogieron tergiversadas, tal como suele ocurrir con la verdad que, transmitida en distintas versiones por el vulgo, es corrompida al añadir todo el mundo algo más de lo que ha oído. Y esto lo transmitieron torpemente, ya que atribuyeron al hombre esta obra tan admirable y divina. ¿Qué 7 falta hacía, en efecto, hacer modelar al hombre de barro, cuando podía haber sido engendrado con el mismo procedimiento con el que el propio Prometeo nació de Jápeto? 68. Si éste fue hombre, pudo engendrar a un hombre, pero no hacerlo: y que él no era un dios lo manifiesta su castigo en el Monte Cáucaso 69. Es más, nadie llamó 8 dioses ni a su padre Jápeto ni a su tío Titán, ya que sólo en poder de Saturno estaba la majestad del reino, gracias a la cual consiguió para él y para todos sus descendientes los honores divinos.

Con muchos argumentos se puede atacar esta ficción 9 de los poetas. En todos ellos consta que el diluvio tuvo lugar para eliminar y arrancar la maldad del orbe de la tierra. Esto lo dicen, en efecto, los filósofos, los poetas y los historiadores de lo antiguo; y en esto coinciden total- 10 mente con la tradición de los poetas. Pues bien, si este cataclismo tuvo lugar para que fuera eliminada la maldad que había crecido en medio de una inmensa multitud, ¿cómo es posible que el creador del hombre fuera Prometeo, cuyo hijo Deucalión fue el único que fue salvado, según dicen ellos mismos, por su bondad? ¿Cómo un solo esca-

lón familiar y una sola generación pudo llenar tan rápidamente de hombres el orbe de la tierra? También aquí erraron por la misma razón que antes: porque desconocían en qué época tuvo lugar el cataclismo de la tierra, quién mereció por su bondad ser salvado mientras perecía la raza humana y cómo y con quiénes fue salvado: todo esto lo enseñan los escritos de los profetas.

Queda claro, pues, que es falso lo que dicen sobre la obra de Prometeo. Pero, como ya dije más arriba <sup>70</sup> que los poetas no mienten en todo, sino que envuelven y oscurecen lo que dicen con figuras poéticas, por eso no digo que mientan, sino que efectivamente Prometeo fue el primero que hizo del barro maleable y espeso la estatua de un hombre y que a partir de él surgió por primera vez el arte de modelar estatuas e imágenes, ya que esto ocurrió en tiempos de Júpiter, tiempos en los que por primera vez empezaron a levantarse templos y a aparecer nuevos cultos a los dioses. De esta forma, la verdad fue tapada con mentira y aquello que era tenido como hecho por Dios empezó a ser atribuido al hombre, que imitó la obra divina. Por lo demás, la creación del hombre verdadero y vivo a partir del barro es obra de Dios. Esto lo transmite incluso Hermes <sup>71</sup>, quien no sólo dice que el hombre fue hecho por Dios a imagen de Dios, sino que intentó incluso explicar con qué sutil técnica formó cada uno de los miembros del cuerpo humano, ya que no hay ninguno de ellos que no valga tanto para necesaria utilidad como para elegancia.

Esto mismo intentan hacer también los estoicos cuando hablan de la providencia, y, siguiendo a éstos, también

Tulio en muchos lugares <sup>72</sup>; aunque este último toca sólo de pasada este tema tan amplio y abundante. Pero yo paso por alto ahora tal tema, porque hace poco escribí a Demetrio, mi discípulo, un libro dedicado exclusivamente a ello <sup>72bis</sup>.

Pero no puedo pasar por alto en este momento lo que dicen erróneamente algunos filósofos: que los hombres y demás animales han nacido de la tierra sin ningún creador. Entre ellos, estas palabras de Virgilio: «Y el linaje terrenal de los hombres levantó su cabeza de los duros campos» <sup>73</sup>. Se mantienen principalmente en esta opinión los que niegan la existencia de la providencia. Efectivamente, los estoicos atribuyen la creación de los seres vivos a la habilidad divina, pero Aristóteles se libró de este esfuerzo y molestia diciendo que el mundo existió siempre: «Así pues, la raza humana y todo lo demás que hay en el mundo no tuvo principio, sino que existió siempre y siempre existirá» <sup>74</sup>. Pero, cuando vemos que todos los animales que antes no existían empiezan a existir y dejan de existir, hay que pensar que toda especie empezó a existir necesariamente en un momento y, puesto que empezó, dejará de existir en otro. Y es que todo está obligatoriamente contenido en tres momentos: pasado, presente y futuro; del pasado es el origen, del presente la sustancia, y del futuro la disolución. Y todo esto está claro en cada uno de los hombres: empezamos, cuando nacemos; somos, mientras vivimos; y dejamos de ser, cuando morimos. De ahí también que quisieran que hubiera tres Parcas: una que inicie

la vida del hombre; otra que la teja; y una tercera que  
21 la rompa y termine. Y en lo que se refiere a toda la  
especie humana, aunque sólo aparece el momento presen-  
te, hay que deducir de él un pasado, es decir, un origen,  
22 y un futuro, es decir, una disolución; y es que, si es,  
está claro que empezó en un momento —ya que nada pue-  
de existir sin principio—, y, puesto que empezó, está claro  
que en algún momento ha de desaparecer: no puede en  
efecto ser inmortal un todo que consta de partes mortales;  
23 pues, de la misma forma que todos vamos muriendo uno  
por uno, también puede ocurrir que muramos todos al mis-  
mo tiempo, ya por algún accidente, ya por esterilidad de  
la tierra, que ahora suele ocurrir en sitios concretos, ya  
por una peste extendida por todas partes —la misma que  
con frecuencia asola a ciudades o regiones concretas—, ya  
por un incendio extendido por todo el orbe, como el que  
se dice que hubo en tiempos de Faetonte, ya por un dilu-  
vio, como el que se dice que hubo en época de Deucalión,  
cuando desapareció la especie humana a excepción de un  
24 solo hombre. Y aunque este diluvio ocurriera por casuali-  
dad, sin duda pudo ocurrir que ese único que sobrevivió  
hubiera muerto; y, si fue reservado con el consentimiento  
de la providencia divina —lo cual no se puede negar— pa-  
ra la recuperación de la especie humana, está claro que  
la vida o desaparición del género humano está en manos  
de Dios. Y si la desaparición puede sobrevenir a toda la  
especie, ya que sobreviene de hecho a sus miembros, está  
claro que hubo en algún momento principio; y, de la mis-  
ma forma que la fragilidad declara que hubo principio,  
así declara también que habrá final.

25 Y si todo esto es así, Aristóteles no podrá defender  
que el mundo no tuvo principio: si Aristóteles es refutado  
por Platón y Epicuro, también a Platón y Aristóteles, quie-

nes pensaron que el mundo existiría siempre, les sucederá,  
por muy elocuentes que sean, y en contra de su voluntad  
sin embargo, que les saque Epicuro la conclusión de que  
sucederá que también tendrán final. Pero sobre esto me 26  
extenderé en el último libro. Ahora volvamos al origen del  
hombre.

Dicen <sup>75</sup> que gracias a determinados 11  
giros del cielo y movimientos de los as-  
*El hombre* tros se llegó a una especie de madurez  
*no nació* para la siembra de seres vivos: efectiva-  
*de la tierra* mente, que la nueva tierra <sup>76</sup>, que tenía

una semilla engendradora, produjo de sí misma unas bolsi-  
tas a manera de úteros —de ellos habla Lucrecio: «úteros  
que contenían gérmenes que hinchaban la tierra»—, y  
que éstos, cuando maduraron, rotos por la presión de la  
naturaleza produjeron tiernos seres vivos; y que después 2  
la tierra abundó en un líquido semejante a la leche y ali-  
mentó con él a los seres animados.

Pues bien, ¿cómo esos seres pudieron soportar o evitar  
la violencia del frío o del calor o incluso pudieron nacer,  
cuando el sol quemaba y el frío apretaba? «No había»,  
dicen, «al comienzo del mundo ni invierno ni verano, sino  
una templanza perpetua y una primavera inalterable».  
¿Por qué entonces no vemos que suceda nada de eso toda- 3  
vía hoy? «Porque fue necesario que sucediera sólo una vez,  
para que nacieran los animales; pero una vez que empeza-  
ron a existir, se les concedió a ellos mismos la facultad  
de engendrar y la tierra dejó de parir y las condiciones  
del tiempo cambiaron.» ¡Oh! ¡Cuán fácil es refutar la 4

mentira! En primer lugar, porque nada puede existir en este mundo que no se mantenga como empezó; efectivamente, no es cierto que el sol, la luna y las estrellas no existieran entonces o que, aunque existieran, no tuvieran movimientos, ni tampoco es cierto que el control divino sobre ellos, control que modera y rige sus movimientos, no empezara en el momento mismo en que empezaron a existir ellos. En segundo lugar, porque, si es como ellos dicen, es necesario que haya una providencia, llegándose así a lo que ellos rotundamente niegan. En efecto, cuando los seres vivos todavía no habían nacido, tuvo que haber alguien que procurara su nacimiento, para que el orbe de la tierra, desierto y sin cultivar, no quedara árido; ahora bien, para que pudieran nacer de la tierra sin intervención de padres, es necesario que ello fuera procurado por una gran inteligencia; igualmente es una admirable e incomprendible providencia conseguir que esa sustancia húmeda, nacida de la tierra, se convirtiera en cuerpos de distinto tipo y también que éstos, tras recibir de aquellas bolsitas por las que estaban cubiertos las normas de la vida y del instinto, salieran como si lo hicieran del vientre de una madre. Pero pensemos que también esto sucedió por casualidad; lo que siguió no pudo ciertamente ser fortuito: que la tierra manara constantemente leche y que la temperatura del aire fuera siempre igual. Si es cierto que esto sucedió para que los animales recién nacidos tuvieran alimento o no tuvieran peligro, era necesario que alguna providencia lo procurara por medio de una, no sé de qué tipo, lógica divina. Y ¿quién puede ser esa providencia sino Dios?

9 Veamos, por otro lado, si pudo suceder eso que andan diciendo: que los hombres nacieran de la tierra. Si alguien considera el tiempo y la forma en que es educado un niño,

entenderá ciertamente que esas crías nacidas de la tierra no pudieron crecer sin la intervención de un guía; tenían, en efecto, que yacer tumbados durante muchos meses, hasta que, fortalecidos sus músculos, pudieran moverse y cambiar de lugar; y esto, apenas puede suceder después del primer año. Comprueba ahora si un niño podría permanecer durante muchos meses en el mismo lugar y de la misma forma en que fue dado a luz y si no moriría tapado y podrido al mezclarse esa sustancia líquida que le administraba la tierra como alimento con los excrementos de su propio cuerpo. Consiguientemente, es totalmente imposible que no fuera cuidado por alguien. A no ser que todos los animales nacieran ya, no débiles, sino crecidos; pero a ellos nunca se les ocurrió decir esto.

Toda su lógica es, pues, imposible y vana, si es que puede llamarse lógica a aquella con la que se llega a un punto en que no hay ninguna razón lógica. Y es que quien dice que todo ha nacido espontáneamente y no deja nada a la providencia divina, no ofrece ciertamente una razón, sino que la rechaza. Y si nada puede ser creado ni nacer sin una razón lógica, está claro que existe la providencia divina, de la cual es propio eso que se llama razón.

Así pues, Dios, autor de todas las cosas, es el que hizo al hombre. Esto ya lo vio, aunque desconocía los libros sagrados, Cicerón, el cual, en el libro primero *Sobre las leyes*, nos transmite lo mismo que los profetas; he recogido sus palabras: «Este animal reflexivo, sagaz, variado, agudo, sabio y lleno de razón y de inteligencia, al que llamamos hombre, fue creado por un Dios supremo con una especie de extraordinaria condición. Es, en efecto, el único entre todas las especies y naturalezas animadas que tiene inteligencia y pensamiento, mientras que todos los demás

17 no los tienen»<sup>77</sup>. ¿Ves cómo un hombre, aunque muy alejado del conocimiento de la verdad, entendió, al intuir la imagen de la sabiduría, que el hombre no puede ser creado sino por Dios? De todas formas hacen falta los testimonios divinos para que los humanos no se queden cortos; la Sibila atestigua que el hombre es obra de Dios: «Él solo es el Dios creador, el principio; él hizo el modelo de las formas y de los mortales; él mezcló la naturaleza de todas las cosas; engendrador de la vida»<sup>78</sup>. Las mismas ideas se encuentran en los libros sagrados.

19 Dios, pues, hizo la función de auténtico padre; él modeló nuestro cuerpo; él nos infundió el aliento con que respiramos; de él es todo lo que somos. ¿Cómo lo hizo? Nos lo habría enseñado si hubiese sido conveniente que nosotros lo conociéramos, de la misma forma que nos enseñó las demás cosas que nos permitieron conocer el antiguo error y la verdadera luz.

12 Así pues, una vez que hizo al varón a su semejanza, modeló a la mujer a imagen del propio hombre, para que los dos sexos, uniéndose, pudieran propagar su descendencia y llenar toda la tierra con una muchedumbre. Ahora bien, en la modelación del hombre encerró y llevó a cabo la unión racional de aquellas dos materias de las que dijimos que eran contrarias entre sí:  
3 el fuego y el agua. Efectivamente, una vez creado el cuer-

*Dios creó al hombre con cuerpo y alma y lo colocó en el Paraíso.*

2 *Pecado y vida de los primeros hombres*

po, le infundió un alma tomada de la fuente vital de su espíritu que es perenne, para que se asemejara al propio mundo, que consta de elementos contrarios. El hombre está compuesto, pues, de alma y cuerpo, es decir, algo así como de cielo y tierra, ya que el alma, gracias a la cual vivimos, la saca Dios, por así decirlo, del cielo, y el cuerpo de la tierra, de cuyo barro dijimos que estaba formado.

Empédocles, del que no sabría decir si hay que incluirlo entre los poetas o entre los filósofos, ya que escribió poesía sobre el tema de la naturaleza de las cosas, como hacen entre los romanos Lucrecio y Varrón, habló de cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra. En ello siguió quizás a Trismegisto<sup>79</sup>, quien dice que Dios hizo nuestros cuerpos a partir de esos cuatro elementos: «Tienen, en efecto, dentro de sí mismos algo de fuego, algo de aire, algo de agua y algo de tierra, pero no son ni fuego, ni aire, ni agua, ni tierra». En verdad que esto no es falso, ya que el elemento tierra está en la carne, el agua en la sangre, el aire en el espíritu y el fuego en el calor vital; y no se puede separar la sangre del cuerpo como no se puede separar el agua de la tierra, ni el calor vital del espíritu, como tampoco el fuego del aire: hasta tal punto se reducen todos los elementos solamente a dos, cuya combinación racional se encuentra totalmente encerrada en la formación de nuestro cuerpo.

Así pues, el hombre está hecho de dos elementos distintos y contrarios, como el propio mundo, que está hecho de luz y tinieblas, de vida y muerte; y Dios quiso que estos dos elementos lucharan entre sí dentro del hombre, de forma que, si vencía el alma, que procede de Dios, el hombre

sería inmortal y permanecería en una luz eterna; pero si el cuerpo derrotaba al alma y la sometía a su dominio, el hombre permanecería en tinieblas sempiternas y en la muerte. Pero esto no significa que haya que aniquilar para siempre las almas malas, sino que hay que castigarlas eternamente; a este castigo lo llamamos segunda muerte, que también es eterna, como la inmortalidad. A la primera muerte la definimos así: la muerte es la disolución de la naturaleza de los seres vivos; o así: la muerte es la separación del cuerpo y del alma. A la segunda, así: la muerte es el sufrimiento de un dolor eterno; o así: la muerte es la condena de las almas a suplicios eternos a causa de sus merecimientos. Esta segunda no afecta a los animales mudos, cuyas almas, que no proceden de Dios, sino del aire común, desaparecen con la muerte.

Así pues, en esta unión del cielo y la tierra, simbolizada en el hombre, tiene mayor dignidad aquello que es de Dios, es decir, el alma, que tiene dominio sobre el cuerpo; y tiene menor dignidad aquello que es del diablo, concretamente el cuerpo, el cual, al ser de la tierra, debe estar sometido al alma, como la tierra al cielo. Es una especie de vaso que utiliza el espíritu celestial, como si de una morada temporal se tratase. Las funciones de cada uno de ellos son éstas: aquello que pertenece al cielo y a Dios debe mandar, y aquello que pertenece a la tierra y al diablo debe servir. Esto no se le escapó a un hombre disoluto como Salustio, quien dice: «Pero toda nuestra actividad depende del alma y del cuerpo; nos servimos más del alma para gobernar y del cuerpo para servir»<sup>80</sup>. Muy bien, si hubiese llevado una vida conforme a estas pala-

bras; y es que fue esclavo de los más bajos placeres y él mismo deshizo con su depravada vida el valor de su frase.

Y si el alma es de fuego, como hemos demostrado, debe tender, como el fuego, hacia el cielo, para que no se extinga, es decir, hacia la inmortalidad, que está en el cielo; y, de la misma forma que el fuego no puede arder ni vivir si no está sostenido por una materia espesa que lo alimente, así también la materia y el alimento del alma es sólo la bondad, gracias a la cual se mantiene viva.

Tras haber creado al hombre de la forma que he expuesto, Dios le puso en el Paraíso, es decir, en un vergel fecundo y agradable; este vergel, colocado en el oriente, lo llenó de todo tipo de arbustos y de árboles, para que el hombre se alimentara con los variados frutos de ellos y, libre de todo trabajo, sirviera con gran devoción a Dios padre. Le dio entonces ciertos mandatos, cuya observancia le haría inmortal, pero cuya transgresión le llevaría a la muerte. El precepto concreto fue éste: que no comiera del único árbol que había en medio del Paraíso, en el cual había colocado el conocimiento del bien y del mal. Entonces, ese malvado envidioso de las obras de Dios utilizó todas sus falacias y artimañas para hacer caer al hombre, con el fin de quitarle su inmortalidad. En primer lugar, consiguió con engaños que la mujer comiera del fruto prohibido y, por medio de ella, convenció al propio hombre para que transgrediera la orden divina. Aprendida, pues, la ciencia del bien y del mal, el hombre empezó a avergonzarse de su propia desnudez y se escondió del rostro de Dios, cosa que no solía hacer antes. Entonces Dios, pronunciando su sentencia contra los pecadores, arrojó al hombre del Paraíso, para que se buscara el alimento con su trabajo, y valló con fuego el propio Paraíso, para que el hombre no pudiera acercarse, hasta que realice el último

juicio sobre la tierra y haga volver a este lugar a los hombres buenos, fieles a él, librándoles de la muerte, tal como enseñan las Sagradas Escrituras y la Sibila de Eritrea, cuando dice: «Los temerosos de Dios consiguen una vida verdadera y eterna, habitando durante el tiempo de su vida en el Paraíso, jardín fecundo»<sup>81</sup>. Pero, como esto es lo último, lo trataré en la última parte de esta obra; ahora expliquemos lo primero.

Así pues, el hombre se convirtió en mortal según la sentencia divina, hecho que nos transmite también la Sibila en sus versos con estas palabras: «El hombre ha sido hecho por las manos sagradas de Dios, del cual la serpiente con engaños consiguió que cayera en su destino fatal y que conociera la ciencia del bien y del mal»<sup>82</sup>. De esta forma, la vida del hombre se convirtió en temporal, aunque larga, ya que se alargaba hasta mil años. Varrón, aunque lo conocía, porque esto había sido transmitido por las Sagradas Escrituras y divulgado en los libros cultos de todos los autores, intentó explicar «por qué los antiguos pensaban que se vivía mil años»; dice, en efecto, «que entre los egipcios los meses eran considerados años, de forma que no es el sol, en su paso por los doce signos, el que determina los límites de un año, sino la luna, que recorre ese círculo de signos en treinta días»<sup>83</sup>. Este razonamiento es claramente falso: nadie entonces pasó de mil años, mientras que ahora, cosa que sucede frecuentísimamente, se llega a los cien; y estos que llegan a los cien, viven mil doscien-

tos meses. Y autores dignos de crédito nos transmiten que se suele llegar a ciento veinte años. Pero, como Varrón ignoraba por qué y cuándo empezó a disminuir la duración de la vida humana, él la aminoró por su cuenta, a pesar de que sabía que el hombre puede vivir mil cuatrocientos meses.

*El diluvio.  
Historia de Noé  
y de sus  
descendientes*

Posteriormente, Dios, al ver que el orbe de la tierra estaba lleno de maldad y de crímenes, decidió eliminar a la especie humana con un diluvio. De todas formas, para volver a recuperar el número de hombres, eligió a uno, porque así quedara como ejemplo único de su justicia en medio de la corrupción de todos. Éste, que tenía seiscientos años, fabricó un arca, según le había ordenado Dios, en la cual se salvó él con su esposa, tres hijos y otras tantas nueras, cuando el agua cubrió todos los montes más altos. Después, una vez seca la tierra, Dios, porque abominaba la maldad de la época anterior, y para que una larga vida no fuese de nuevo la causa de la maquinación de maldades, redujo poco a poco, a través de distintas generaciones, la duración de la vida del hombre y puso el límite de ciento veinte años, más allá de los cuales no se puede pasar. Aquel hombre, por su parte, cuando salió del arca, cultivó con esmero la tierra y plantó una viña con sus propias manos, según enseñan las Sagradas Escrituras. Con ello quedan refutados quienes piensan que el inventor del vino fue Líber, ya que aquél es mucho más antiguo no sólo que Líber, sino incluso que Saturno y que Urano<sup>84</sup>. Cuando cogió los

primeros frutos de aquella viña, se alegró, bebió hasta embriagarse y quedó tumbado desnudo. Al ver esto uno de sus hijos, cuyo nombre era Cam, no cubrió la desnudez de su padre, sino que se marchó e incluso se lo comentó a sus hermanos. Éstos, sin embargo, cogiendo un vestido, entraron y, con los rostros vueltos hacia atrás, taparon a su padre. Cuando el padre conoció estos hechos, abdicó del hijo y le expulsó de casa. El prófugo, por su lado, se asentó en la parte de la tierra que hoy se llama Arabia, y esta tierra, a partir de su nombre, fue llamada Canaán, y sus descendientes, cananeos. Éste fue el primer pueblo que se olvidó de Dios, ya que su primer hombre y fundador, maldito de su padre, no recibió de éste el conocimiento del culto divino; consiguientemente, transmitió a sus descendientes su ignorancia de la divinidad. De esta rama étnica salieron, al crecer su número, los pueblos cercanos.

Los otros descendientes del mismo padre fueron llamados hebreos; entre ellos se mantuvo el culto a Dios. Pero después, al aumentar excesivamente el número, cuando la poca extensión de sus territorios ya no podía mantenerlos, los adolescentes, ya enviados por sus padres, ya por propia voluntad, cuando obligaba la escasez de los recursos, se marcharon, se dispersaron aquí y allá en busca de nuevos lugares, llenaron todas las islas y todo el orbe y, alejándose del tronco de la santa raíz, establecieron a su arbitrio nuevas costumbres y nuevas instituciones. Pero, de todos ellos, fueron los que ocuparon Egipto los primeros que empezaron a aceptar y a adorar a los fenómenos celestiales. Y, como no tenían casas debido a la suavidad del clima, ni aparecen en esta zona nubes en el cielo, observaron los cursos de los astros y sus efectos, ya que al venerar con frecuencia estos fenómenos celestes los contemplan con más cuidado y generosidad. Después, atraídos por algunos

prodigios, inventaron monstruosas figuras de animales para adorarlas; más adelante hablaré de los inventores de estos prodigios<sup>85</sup>. Los otros que se dispersaron por la tierra, en su admiración por los elementos del mundo, veneraban sin ningún tipo de imágenes y sin templos al cielo, al sol, a la tierra y al mar y les ofrecían sacrificios en campo abierto, hasta que con el paso del tiempo hicieron templos e imágenes a sus reyes más poderosos y decidieron adorarlos ofreciéndoles víctimas y ungüentos. Los gentiles, errando de esta forma, empezaron a alejarse del conocimiento de Dios. Se equivocan, pues, quienes pretenden que al principio hubo culto a los dioses y que es anterior la religión de los gentiles que la de Dios, de la que dicen que fue inventada después; y se equivocan porque desconocen la fuente y el origen de la verdad. Ahora volvamos a los comienzos del mundo.

Pues bien, cuando el número de hombres empezó a aumentar, Dios, procurando que el diablo, a quien había dado desde el principio poder sobre la tierra, no corrompiera o perdiera totalmente a los hombres en sus fauces, cosa que había hecho al principio, envió ángeles para la tutela y cuidado de la especie humana; a ellos les ordenó ante todo que no perdieran la dignidad de su sustancia celestial manchándose con el contagio de la tierra; es decir, les prohibió hacer lo que sabía que iban a hacer, para que no pudieran esperar perdón. Efectivamente, ese falaz dominador de la tierra los arrastró acostumbrándolos poco a poco a los vi-

*Tras crear  
al hombre,  
Dios envió  
ángeles para que  
cuidaran de él;  
pero muchos  
de estos ángeles  
se convirtieron  
en demonios*

cios, mientras estuvieron con los hombres, y los manchó  
3 haciendo que se unieran con mujeres. No aceptados enton-  
ces en el cielo por los pecados que habían cometido,  
cayeron en las profundidades de la tierra. De esta forma,  
el diablo hizo de estos ángeles de Dios satélites y ministros  
4 suyos. Los descendientes, sin embargo, de éstos, puesto  
que no eran ni ángeles ni hombres, sino que tenían una  
especie de naturaleza intermedia, no fueron aceptados en  
los infiernos, de la misma forma que sus padres no lo ha-  
5 bían sido en el cielo. De esta forma, hubo dos tipos de  
demonios: uno celeste y otro terreno. Éstos son los espíri-  
tus inmundos, autores de todas las maldades que ocurren,  
6 cuyo primer jefe es el propio diablo. De ahí que Tris-  
megisto le llame el «demoniarca». Por otro lado, los gra-  
máticos dicen que se llaman demonios porque son algo así  
como «daemon», es decir, hábiles y conocedores de las  
situaciones: piensan, en efecto, que eran dioses <sup>86</sup>. Y cier-  
tamente saben muchas cosas futuras, pero no todas, ya  
que no les está permitido conocer las decisiones de Dios  
y de ahí que suelen dar respuestas preparadas para resulta-  
7 dos ambiguos <sup>87</sup>. Los poetas saben que son «daemon»  
y lo dicen; Hesíodo lo transmite así: «Los daemon son,  
según los designios del gran Dios, nobles, terrenales y guar-  
8 dianas de los hombres mortales» <sup>88</sup>. Esto se dice porque  
Dios los envió como guardianes del género humano; pero

ellos, a pesar de que fueron los destructores de los hom-  
bres, pretendieron aparentar ser sus guardianes, para que  
ellos fueran adorados y no lo fuera Dios.

También los filósofos hablan de ellos. Efectivamente, <sup>9</sup>  
Platón intenta explicar su naturaleza en *El Banquete* <sup>89</sup> y  
Sócrates decía que a su alrededor había siempre un «dai-  
mon» que se pegó a él cuando era pequeño, con cuyo con-  
sejo y arbitrio regía su vida.

Igualmente, toda la técnica y poder de los magos se <sup>10</sup>  
basa en el soplo de éstos, los cuales, invocados por aqué-  
llos, los engañan obnubilando sus ojos con prestidigitacio-  
nes, para que no vean lo que es y crean ver lo que no es.

Como digo, estos espíritus manchados y perdidos an- <sup>11</sup>  
dan errantes por toda la tierra y trabajan en la perdición  
de los hombres para solaz de su propia perdición. De esta <sup>12</sup>  
forma, lo llenan todo de envidias, fraudes, engaños y erro-  
res: se pegan, en efecto, a cada uno de los hombres, ocu-  
pan de puerta en puerta todas las casas y se dan a sí  
mismos el nombre de «genios»; ésta es, en efecto, la tra-  
ducción latina de la palabra griega «daemon». A ellos <sup>13</sup>  
adoran los hombres en sus estancias secretas, en honor de  
ellos derraman todos los días vino, y a sabiendas veneran  
a los demonios como dioses terrestres y como alejadores  
de males que ellos mismos hacen y producen. Y los demo- <sup>14</sup>  
nios, como son espíritus tenues e inabarcables, se introdu-  
cen en los cuerpos de los hombres y, actuando ocultamen-  
te en sus entrañas, hacen perder la salud, atraen enferme-  
dades, aterrorizan los ánimos con sueños, sacuden las men-  
tes con golpes de locura, para que los hombres se vean  
obligados por estas desgracias a acudir a su ayuda.

15

*La única  
defensa contra  
los demonios  
es la verdadera  
religión*

La técnica de todos estos engaños queda oculta para los desconocedores de la verdad. Y es que piensan que los demonios, que en realidad no pueden hacer otra cosa que daño, les benefician en el momento en que dejan de hacerles daño. Quizás alguien diga que deben ser adorados para que no hagan daño, puesto que efectivamente pueden hacerlo. Y hacen daño, en efecto; pero a aquellos por quienes son temidos, a los que la mano poderosa y excelsa de Dios no protege, a los que están alejados del misterio de la verdad. Temen, sin embargo, a los justos, es decir, a los adoradores de Dios, ante cuyo conjuro se marchan de los cuerpos: azotados por las palabras de éstos, como si de látigos se tratase, no sólo confiesan que son demonios, sino que incluso descubren sus nombres: los nombres con los que son adorados en los templos. Y esto lo hacen muchas veces delante de sus fieles, no para oprobio de la religión, sino para oprobio de su propia dignidad, porque ni a Dios, en cuyo nombre han sido conjurados, ni a los justos, por cuyas palabras son atormentados, pueden mentir. Efectivamente, lanzando con frecuencia enormes aullidos dicen a voces que son azotados, que se queman y que ya se marchan. Tal es lo que encierra el conocimiento de Dios y la bondad de su poder. ¿A quién, pues, pueden hacer daño sino a aquellos sobre los cuales tienen poder?

Finalmente, Hermes afirma que aquellos que conocen a Dios no sólo están libres de los ataques de los demonios, sino que ni siquiera son tocados por el hado: «La única defensa», dice, «es la piedad. Del hombre piadoso, en efecto, no se apodera ni el malvado demonio ni el destino. Y es que Dios protege de todo mal al piadoso. El único

y exclusivo bien en los hombres es la piedad»<sup>90</sup>. En otro lugar manifiesta en qué consiste la piedad con estas palabras: «La piedad es el conocimiento de Dios»<sup>91</sup>. También Asclepio, discípulo del anterior, desarrolló con más detalles esta misma idea en *La palabra perfecta*<sup>92</sup>, obra dirigida al rey. Uno y otro afirman que los demonios son enemigos y vejadores de los hombres; son los mismos a los que Trismegisto llama «ángeles malvados»<sup>93</sup>: hasta tal punto sabía que, de seres celestiales que eran, habían empezado a ser depravados terrenales.

Sus inventos son la astrología, la ciencia de la adivinación, la agorería, los llamados oráculos, la necromancia, el arte de la magia y todas esas otras malvadas prácticas, públicas u ocultas, de los hombres. Todo ello es falso, como atestigua la Sibila de Eritrea: «Puesto que todo eso que los hombres insensatos investigan cada día es falso»<sup>94</sup>. De todas formas, los propios inventores de estas artes<sup>95</sup> consiguen con su presencia que se crea que son verdaderas; de esta forma, puesto que no les conviene decir la verdad, se burlan de la credulidad de los hombres fingiendo divinidad. Éstos son quienes enseñaron a modelar imágenes y estatuas, quienes, para apartar la mente de los hombres del culto al verdadero Dios, consiguieron instituir y consagrar los bustos de los

*Artimañas  
de los demonios*

reyes muertos, modelados y adornados con exquisita belleza, y quienes capitalizaron en su favor los nombres de aquellos, como si los estuvieran representando. Pero estos demonios tiemblan ante los magos y ante aquellos a los que el vulgo considera realmente maléficos, cuando éstos ponen en práctica sus execrables artes y se dirigen a ellos con sus verdaderos nombres: los nombres que les dieron en el cielo, según leemos en las Sagradas Escrituras. Estos espíritus malvados y errantes juntan y mezclan lo falso con lo verdadero para perturbarlo todo y llenar de errores los corazones humanos. Y es que ellos mismos inventaron que hay muchos seres celestiales y que el único rey de todos es Júpiter, basándose en el hecho de que en el cielo hay muchos ángeles y un solo dueño y padre de todos, Dios: pero lo que hicieron fue alejar de la vista la verdad, envolviéndola en nombres falsos, ya que ni Dios, como ya dije al principio <sup>96</sup>, necesita nombre, porque es único, ni los ángeles permiten ni quieren ser llamados dioses, a pesar de que son inmortales, sino que su única y exclusiva función es la de servir a la voluntad divina y no hacer en absoluto nada que no se les ordene.

Decimos, en efecto, que el mundo es regido por Dios como una provincia por un gobernador: nadie dirá que los ministros de éste comparten con él el gobierno de la provincia, aunque los problemas se resuelvan con su gestión. Es más, estos ministros pueden hacer algo sin que se lo haya ordenado su jefe olvidándose de él, cosa que es muy propia de la condición humana; Dios, sin embargo, preside el mundo, rige el universo, lo sabe todo, no se le oculta nada a sus divinos ojos, tiene él solo el poder sobre todas las cosas, y en los ángeles no hay otra cosa

que la necesidad de obedecer. Por ello los ángeles, cuyo honor está totalmente en Dios, no pretenden atribuirse ningún honor, mientras que aquellos que se apartaron del ministerio divino, puesto que son enemigos de la verdad y prevaricadores de Dios, pretenden conseguir para sí el nombre y el culto divinos, y no porque deseen ningún honor —¿qué honor puede haber para los perdidos?—, ni para hacer daño a Dios, el cual no puede ser dañado, sino para hacérselo a los hombres: a éstos se esfuerzan por apartarlos del culto y del conocimiento de la verdadera majestad, para que no puedan conseguir la inmortalidad que ellos mismos perdieron por su maldad. Desparraman, pues, tinieblas y ocultan la verdad con humo, para que los hombres no conozcan a su señor, a su padre; y, para engañarlos con facilidad, se ocultan en templos, asisten presto a todos los sacrificios y hacen con frecuencia prodigios ante los cuales los hombres, estupefactos, conceden crédito a las estatuas de los dioses y de los númenes. En esta línea se mueven los siguientes hechos: que el augur cortara la roca con una navaja; que Juno dijera que ella quería emigrar de Veyes a Roma; que Fortuna Muliebre denunciara el peligro; que la nave siguiera a la mano de Claudia; que Juno despojada, Prosérpina de Locros y Ceres de Milo se vengaran de los que cometieron sacrilegio contra ellas; que Hércules interviniera sobre Apio, Júpiter sobre Atinio y Minerva sobre César; y que la serpiente traída de Epidauro librara a Roma de la peste <sup>97</sup>; y es que en forma de serpiente fue llevado a Roma el propio jefe de los demonios, sin ningún disfraz, ya que los delegados enviados para esta misión trajeron consigo una serpiente de grandes dimensiones.

13 Pero es en los oráculos donde más engañan, ya que los desconocedores de la verdad no pueden entender sus engaños, y por ello piensan que aquéllos les conceden los imperios, las victorias, las riquezas y los sucesos prósperos, y, finalmente, que gracias a su intervención el estado se ha librado frecuentemente de peligros inminentes, peligros que aquéllos denunciaron en sus respuestas o que alejaron tras ser aplacados con sacrificios. Pero todo esto son engaños. Efectivamente, dado que están presentes en los designios divinos, ya que fueron ministros de Dios, se interponen en estas situaciones de forma que parezca que ellos hacen o hicieron cualquier cosa que haya hecho o haga Dios; y cada vez que a un pueblo o a una ciudad le va a suceder algo bueno por disposición divina, ellos prometen con prodigios, sueños u oráculos, que van a hacer esa misma cosa, si se les dedican templos, honores y sacrificios. Y, una vez que se les concede esto, como al final ocurre aquello que necesariamente tenía que ocurrir, 14 consiguen para sí una gran veneración. Éste es el origen de la dedicación de los templos, de la consagración de nuevas imágenes, del sacrificio de montones de víctimas; pero cuando se ha hecho todo esto, es inmolada también la vida 15 y salvación de aquellos que hicieron estas cosas. Y cuando amenaza algún peligro, dicen que están airados por alguna causa absurda y vana, como dijo Juno a Varrón, porque éste había colocado en el carro de Júpiter a un joven hermoso para que sujetara el botín: y por este motivo fue casi totalmente borrado el nombre de Roma en Cannas. 16 Si Juno temía que apareciese otro Ganimedes, ¿por qué tuvieron que pagar todos los jóvenes romanos?; o, si los dioses sólo se preocupan de los generales y se olvidan del resto del ejército, ¿por qué se salvó sólo Varrón, que fue el culpable, y cayó sin embargo Paulo que no tenía culpa

alguna? <sup>98</sup>. La verdad es que nada de lo que les ocurrió a los romanos cuando Aníbal destruyó dos ejércitos del pueblo romano con su astucia y valor sucedió «por mandato fatal de la injusta Juno» <sup>99</sup>; efectivamente, no es que Juno pudiera atreverse a defender a Cartago, donde «estuvieron sus armas y su carro» <sup>100</sup>, o a dañar a los romanos porque «había oído que de sangre troyana nacería una raza que destrozaría con el tiempo las fortalezas tirias» <sup>101</sup>, sino que todo ello son juegos de aquellos que haciendo 18 extravagancias bajo el nombre de los muertos producen desgracias a los vivos. Así pues, si el peligro que amenaza puede evitarse, pretenden dar la impresión de que han sido ellos los que, aplacados, lo han alejado; y si no puede evitarse, consiguen que parezca que ha sucedido porque se les ha despreciado. De esta forma consiguen autoridad y temor ante los hombres que no les conocen. Con esta 19 astucia y estas artes hicieron caer en todos los pueblos el recuerdo del Dios verdadero y único. Y es que, como están perdidos por sus vicios, enfurecen y enloquecen para perder a los demás. Por ello, incluso, ellos, que son enemigos del género humano, pensaron en ofrendas humanas: para 20 devorar el mayor número posible de almas.

*Dios consiente  
la existencia  
de los demonios  
para probar  
al hombre.  
En resumen,  
las religiones  
son falsas*

Alguien dirá: ¿por qué entonces Dios consiente que suceda esto y no sale al encuentro de tan desgraciados errores? Para que el mal luche con el bien, para que los vicios se enfrenten a las virtudes, para que haya unos a los que castigar y otros a los que premiar. Decidió, en efecto, juzgar al final de los tiempos a los vivos y a los muertos; de este juicio hablaré en el último libro <sup>102</sup>. Lo aplaza, pues, hasta que llegue el final de los tiempos, en el que derramará su ira en medio de su poder y poderío celestial, según «anuncian con terrible advertencia las profecías de los piadosos poetas» <sup>103</sup>. Hasta entonces, consiente que los hombres pequen y sean incluso impíos contra él, mientras que él permanece impertérrito, tranquilo y paciente. Y es que no puede suceder que aquel en el que está la virtud perfecta no sea también la paciencia perfecta. De ahí que algunos piensen que Dios no puede en absoluto airarse, ya que no está sometido a las pasiones perturbadoras del alma: y es que todo animal que se apasiona y conmueve es frágil. Este convencimiento <sup>5</sup> arranca de raíz la verdad y la religión. Pero dejemos ahora esta discusión sobre la ira de Dios, ya que es un tema rico y que debe ser tratado con más extensión en una obra específica <sup>104</sup>.

Así pues, cualquiera que venere y siga a estos malos espíritus no tendrá parte en el cielo ni en la luz, que son propios de Dios, sino que caerá en aquello que dijimos que correspondió al propio príncipe del mal en la distribución del mundo: las tinieblas, los infiernos y el suplicio eterno.

He demostrado que las religiones de los dioses son <sup>6</sup> falsas por tres razones: primero, porque las estatuas que se adoran son efigies de hombres muertos; y es perverso e incongruente que la imagen de Dios adore a la imagen de un hombre, ya que adora a algo que es más bajo y débil; y es un hecho imperdonable abandonar a un vivo <sup>7</sup> para ser esclavo de los recuerdos de los muertos, los cuales no pueden dar a nadie ni vida ni luz, ya que carecen de ellas; y no hay otro Dios que el único, bajo cuyo juicio y poder están sometidas todas las almas.

En segundo lugar, porque las propias imágenes sagradas <sup>8</sup> a las que sirven los hombres ignorantes carecen de sentidos, ya que son de tierra. Y ¿quién no piensa que es im- <sup>9</sup> pío torcer a un animal recto para que adore a la tierra? Ésta está puesta bajo nuestros pies precisamente para ser pisada y no para ser adorada por nosotros, que fuimos levantados de la misma y que recibimos una postura erecta por encima de los demás seres vivos, no precisamente para que nos inclináramos hacia abajo ni dirigiéramos a la tierra este rostro celestial, sino para que dirijamos nuestros ojos allí a donde los lleva nuestra condición natural, y no adoremos ni honremos otra cosa que el nombre único de nuestro único artífice y padre, quien hizo al hombre erecto, para que sepamos que estamos llamados a lo alto y celestial.

En tercer lugar, porque los espíritus que presiden esas <sup>10</sup> supersticiones andan dando vueltas por la tierra tras haber

sido condenados y alejados por Dios; ellos no sólo no pueden conceder nada a sus fieles, ya que el poder sobre las cosas está en manos de uno solo, sino que los aniquilan con mortíferos atractivos y errores, ya que su labor diaria es ésta: obstaculizar a los hombres con tinieblas para que  
11 no busquen al Dios verdadero. No deben ser, pues, adorados, puesto que están sometidos a una sentencia divina. Y es que es una gran indignidad someterse al poderío de aquellos a los que puedes superar si practicas la justicia, y a los que puedes expulsar y poner en fuga bajo el conjuro del nombre de Dios.

12 Y si queda claro, pues, que estas religiones son falsas por las razones que he mostrado, es evidente que aquellos que suplican a los muertos, o veneran a la tierra, o esclavizan sus almas al poderío de espíritus impuros, no conservan la naturaleza de hombres y que pagarán el castigo de su impiedad y crimen, por cuanto, rebeldes contra Dios, padre del género humano, han violado todo lo sagrado al aceptar ritos inexpiables.

18 Así pues, el que intente defender el carácter sagrado del hombre y comprender la razón de ser de su naturaleza, que se levante del suelo y que con mente elevada dirija sus ojos al cielo. No busque a Dios bajo sus pies, ni saque de sus huellas el objeto de su adoración, ya que lo que está bajo el hombre debe estar necesariamente sometido al hombre; que lo busque en cambio en lo elevado, que lo busque en lo más alto, porque nada hay más grande que el hombre, a no ser aquello que está por encima del hombre; Dios es más grande que el hombre; luego está arriba y no está abajo, ni debe ser buscado en las profundidades, sino en el cielo. Por todo ello, está claro que no hay religión donde hay estatuas. Efectiva-

mente, si la religión consta de cosas divinas y no hay nada divino salvo en las cosas del cielo, hay que concluir que las estatuas no tienen carácter religioso, porque nada puede haber de celestial en algo que está hecho de la tierra.

Y para los inteligentes, esto puede quedar claro a partir del análisis del propio término. Cualquier cosa que es «simulada» es necesariamente falsa, y no puede recibir nunca nombre de verdadero aquello que oculta la verdad con una imitación engañosa. Y si toda «imitación» no es algo en absoluto serio, sino que es algo así como una diversión y un juego, en las estatuas no hay religión, sino un remedo de religión.

Hay, pues, que anteponer la verdad a todas las falsedades; hay que pisar lo terreno para conseguir lo celestial. La situación es entonces ésta: quien haga caer a su alma, cuyo origen está en el cielo, en los infiernos y en las profundidades, que caiga allí a donde él mismo se ha arrojado; y por ello conviene que sin olvidar su razón de ser y su estado, no se esfuerce ni tienda nunca sino al cielo. Quien haga esto, será considerado sabio, justo, hombre y, finalmente, digno del cielo: a él lo reconocerá su padre, no como rastroero ni pegado a la tierra cual un animal, sino más bien como firme y erecto, tal como Él le hizo.

He terminado, si no me engaño, una considerable y difícil parte de la obra que programé y, bajo la inspiración de la majestad celestial, que me ha proporcionado la facultad de elocución, he rechazado inveterados errores.

Ahora tengo delante una lucha mucho más importante y más difícil con los filósofos, cuyos enormes conocimientos y elocuencia se me ponen en frente como si de una mole

*De la misma forma que ha conseguido refutar las supersticiones del vulgo, así espera convencer a continuación a los sabios*

3 se tratase. Y es que, de la misma forma que antes era pre-  
sionado por la muchedumbre y casi acuerdo de todos los  
pueblos, ahora lo soy por la autoridad de hombres sobre-  
4 salientes en todo tipo de alabanzas <sup>105</sup>. Y ¿quién no sabe  
que hay más fuerza en unos pocos sabios que en muchos  
5 ignorantes? Pero no hay que perder la esperanza de que  
también ellos puedan ser alejados de su opinión con la  
gracia de Dios y de la verdad, y pienso que no serán tan  
pertinaces que se nieguen a ver con sus ojos sanos y abier-  
6 tos la brillante claridad del sol. Con tal de que sea verdad  
lo que ellos mismos suelen confesar —que están atados  
por su interés por investigar la verdad—, conseguiré sin  
duda que crean que la verdad ha sido buscada largo tiem-  
po y a veces encontrada y que confiesen que no puede ser  
encontrada por la inteligencia humana.